

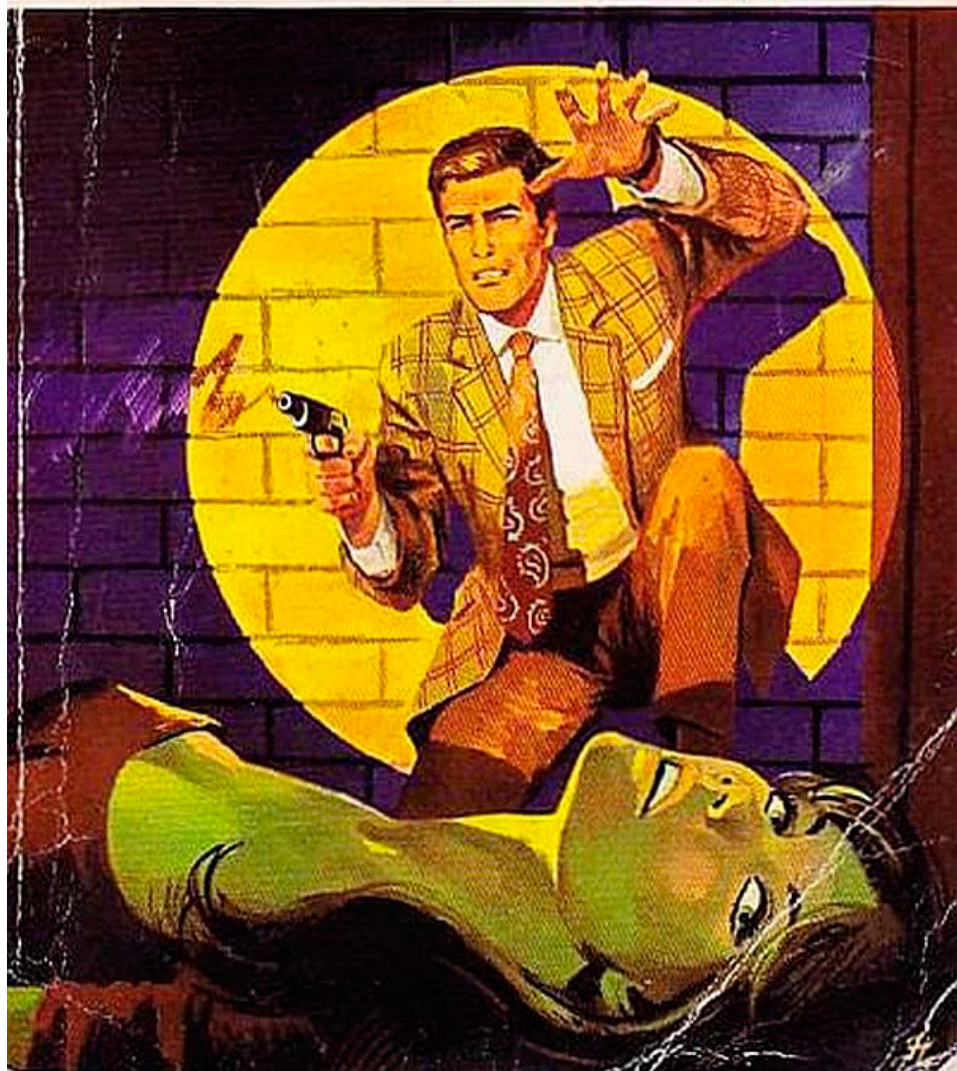
BOSS-LIBROS BRUJERA



SERVICIO SECRETO

crimen en primera persona

CURTIS GARLAND



CRIMEN EN PRIMERA PERSONA

SERVICIO SECRETO Nº 1139

©1972, Garland, Curtis

©1972, BRUGUERA, S. A.

UUID: a59db97e-ceed-4bc6-bf10-cfd7781445bd

Generado con: QualityEbook v0.84

CRIMEN EN PRIMERA PERSONA

CURTIS GARLAND



Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.139

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



Depósito Legal: B. 16.862-1972

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: junio, 1972

© CURTIS GARLAND — 1972 *texto*

© JOSE TRIAY — 1972 *cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial
Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2
Barcelona — 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR
ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.136 —Antimateria.

En Colección PUNTO ROJO:

521 —Pasos en mi pesadilla.

PROLOGO

ESTÁ muerto.

Acabo de disparar sobre él. Fríamente. Uno, dos, tres, cuatro disparos.

Cuatro balas de mi pistola automática, están alojadas en su cuerpo, en su cabeza. Sí, está muerto. Bien muerto.

¡Cielos, cuánto he esperado este momento! ¡Cuánto he pedido llegar a él, en mis largas horas de soledad, de meditación, entre los muros de la penitenciaría!

Y ya está. Ya lo he conseguido.

Miro en derredor. No se ha oído ruido. Solamente cuatro taponazos. Como cuatro botellas de champaña, descorchadas para celebrar algo. Para celebrar una muerte. Su muerte.

Y un grito.

Un leve, ronco grito. Nadie debió escucharlo. Nadie sino yo. Yo: el asesino. Su asesino. Yo, el hombre que esperó durante años este feliz momento...

He terminado ya con uno. Uno de ellos. Es sólo el principio. Es el primero. Y, ciertamente, no será el último. Esto solamente ha comenzado. Uno a uno. Inexorablemente.

Ha resultado sencillo. Mucho más de lo que yo podía esperar. No es difícil matar. Nada difícil. Incluso sorprenden, de sencillo que resulta. Una persona está viva un momento antes. Uno dispara sobre ella... y todo se ha terminado.

¡Qué cara de asombro puso al verme disparar! Poco antes, estaba sonriéndose, mirándome con sarcasmo, con desafío, con su eterno aire de burla, de suficiencia y seguridad en sí mismo.

Claro. ¿Cómo imaginarse siquiera que yo, yo fuese a disparar sobre él, a... a matarle?

Claro. Le había amenazado. Se lo había advertido. No le engañé en una sola ocasión. Pero, ¿de qué serviría todo eso, ante la incredulidad de un hombre como él?

—Mi querido Brian, es ridículo —había dicho apaciblemente, con una risita en sus labios curvados irónicamente—. Tú, asesinándome a mí... ¡Vamos, vamos, Brian, eso no tiene sentido! Tú serías la última persona de quien yo podría temer algo semejante...

—Cuidado —le avisé, entonces—. No sigas, Howard. No sigas... Voy a matarte. Lo estoy diciendo en serio. Jamás dije nada más seriamente, puedes creerme.

Lo único que hizo, fue echarse a reír, y servir dos copas de combinado. Dos copas. Su combinado habitual. Su preferido. El que pedía siempre. Vermut blanco, ginebra, dos gotas de licor dulce, hielo... y alguna cosa más, que nunca supe lo que era, porque Howard guardaba siempre celosamente las recetas de sus cócteles.

—Vamos, toma una copa y lárgate —me invitó—. Seré benévolo contigo. Podría tomar ese teléfono ahora mismo, hacer una llamada, y volverías al lugar de donde nunca debiste salir... Ven, bebe.

—Howard, estás perdiendo lastimosamente los últimos momentos de tu vida —avisé fríamente. Mi dedo se curvó en el gatillo—. Dispararé. Ahora mismo, Howard.

Bostezó, malhumorado. Dejó mi copa en la mesita que nos separaba. Se encogió de hombros, probando el combinado de su propia copa.

—Como quieras —suspiró—. Tú te lo pierdes, Brian. Pero empiezas a molestarme ya. Lárgate, ¿oíste? Lárgate. O perderé la paciencia y tomaré ese teléfono, después de todo...

—Dispararé, Howard.

—Vete al diablo, imbécil —dijo.

Y disparé.

Disparé cuatro veces.

¡Qué sorpresa en su faz, cuando lo hice, cuando notó que eran balas lo que golpeaba su cuerpo, lo que penetraba en su interior, silenciosa y mortalmente!

De su mano, cayó la copa de combinado. Se quebró en el suelo, derramándose su contenido. Luego, fue él quien se cayó, más lentamente, como en una escena cinematográfica ralentizada.

—Brian... No... no es posible... —jadeó—. Tú... no...

—Yo sí, Howard —le respondí, helada mi voz—. Te lo dije.

Se dilataron sus ojos. Cayó, dando un tumbo en el suelo de moqueta. Y se quedó muerto. Mirándome con sus azules pupilas vidriadas, incrédulas.

Así ha sido todo.

Sencillo, rápido, fácil. No sé cómo pudo suceder así, pero... ha sucedido. He sido capaz de ello. Lo he logrado. Mató a Howard. Era el primero. Tenía que ser el primero. Ese honor le estaba reservado de siempre. Desde que concebí el plan. Desde que decidí que les mataría. A todos.

—Debiste creerme, Howard —es mi voz la que suena. Estoy contemplando al muerto—. Debiste creerme, cuando dije que venía a matarte...

Sacudí la cabeza. Me incliné. No toqué nada. No debía tocar nada. No llevaba guantes. Guardó el arma. Me los puse ahora.

Los guantes son necesarios para no dejar huellas. No dejo ninguna al tirar del pomo de la puerta y salir del gabinete donde Howard yace sin vida. Ni al apoyar la mano en la barandilla del *bungalow*, hasta el jardincillo iluminado con luces verdes perdidas entre el césped y los setos.

La noche es fresca, pero agradable. El aire del litoral resulta húmedo y salobre. Allá, en la zona residencial, muchas luces marcan el emplazamiento de otros *bungalows* habitados. Suena música, risas, voces...

Es la vida. La vida de los demás. Allá dentro, ya no suena nada. Los muertos se quedan siempre silenciosos. Incluso Howard, que siempre fue un divertido, un mundano charlatán. Ya no ríe, ya no habla, no cuenta chistes, no se mofa de nadie. Él es la muerte. El silencio eterno, como dijo Hamlet.

El coche de Howard está ahí aún. Aparcado entre los setos, sin haber sido metido en el garaje. Ahí seguirá hasta que alguien se lo lleve, cuando encuentren su cadáver.

Espero que nadie relacione a Howard conmigo. ¿Por qué habría de hacerlo? Aquí, en Florida, él era un perfecto desconocido. Arrendó con nombre supuesto ese *bungalow*. También yo era desconocido. No tengo nada que ver con Howard. No oficialmente. Nadie puede relacionarnos.

Mi coche no está aquí. No lo traje conmigo. Está bastante lejos de esta zona. Hay que hacer las cosas bien. De otro modo, no llegaría nunca hasta los demás.

Los demás...

Esto no ha hecho sino empezar. Es un solo nombre tachado de la lista. El primero de una serie de ellos. La primera muerte, en una serie de muertes. Solamente eso...

—Ahora, a por los demás... —me digo a mí mismo, mientras subo por la alameda bordeada de palmeras, camino de las playas y los hoteles y casinos al borde del mar—. A por los demás... hasta cumplir la cifra de seis...

Porque son seis. Seis personas, exactamente.

Una ya no existe. Quedan cinco.

Cinco.

Y la siguiente, es una mujer. Una hermosa mujer. Una aborrecible mujer...

* * *

—Me gusta —confesó Sharon—. Me gusta bastante Steve.

Fumó, pensativa, con los folios en sus manos, releyéndolos. Afirmó, con su rubia cabeza siempre bien cuidada, siempre perfectamente peinada.

—¿De veras? —sonreí, encendiendo un cigarrillo con la brasa del suyo, y succionando el humo con calma—. Falta pulirlo aún un poco, Sharon.

—No. Yo lo dejaría tal como está. Tiene... espontaneidad. Suena a verdadero. Sin artificios, Steve. Me gusta tal como está escrito.

—Bueno, eres un crítico bastante digno de crédito —sonreí—. Tendré que hacerte caso.

—Steve, ¿por qué prescindes de la intriga, ya desde la primera página de la novela? El lector ya sabe que "Brian" es el asesino, aunque no sepa por qué lo hace, ni hasta dónde llegará en sus propósitos. ¿Crees que eso resultará comercial para los editores?

—Estoy seguro que sí, Sharon —admití pensativo. Di unos pasos por la terraza, asomada a la noche, a la brisa del mar, al panorama radiante de las luces reflejadas en el agua, a todo lo largo del litoral—. Es como si yo mismo fuera el asesino. La novela tendrá interés precisamente porque el culpable lo narra en primera persona, y así "mete" al lector en sí mismo, le hace partícipe de sus angustias y de sus propias reflexiones. Cuando llegue la tensión, las dificultades, el miedo, el acoso; el lector se sentirá asustado, acosado... Y si no es así... significará que habré

fracasado como autor.

—Estoy segura de que será así, Steve —suspiró Sharon, tendiéndome las folios mecanografiados—. Esa escena tiene vida, parece como si, realmente, tú fueses "Brian" y no Steve Corman, el escritor. Si no fuera porque te conozco y sé que eres un hombre inofensivo y honesto, me inquietarías.

—¿Inquietarte? ¿Por qué motivo?

—Bueno, pensaría que tú... puedes llegar a asesinar, realmente, a una persona. Con esa misma frialdad, con ese mismo método cerebral y sin remordimientos ni escrúpulos.

Me eché a reír, guardando los folios en la gaveta de mi mesa. Cubrí la máquina de escribir con su tapa, y me acerqué a Sharon, que estaba turbadora con aquel vestido de cóctel, tan ceñido a sus caderas, y tan voluptuosamente descotado sobre sus senos.

—¿Crees que yo podría ser un asesino? —reí—. ¿Y matar a un hombre con la misma naturalidad con que lo hace mi personaje en la novela?

—No, claro que no —me besó en la punta de la nariz, risueña—. Ya te dije que te conozco, Steve, y sé que no eres "Brian", por muy bien que te metas en tu personaje. ¿Vamos ya?

—Sí, vamos. La cena debe estar ya preparada. Y la noche es excelente, Sharon. Gocemos de todo ello intensamente.

Ella tomó su capa del colgador, asintiendo. Nos encaminamos a la puerta. Apagué las luces. Cerré tras de nosotros. Sharon y yo nos encaminamos al automóvil, detenido ante la casa.

Poco después, rodábamos hacia Palm Beach, por la carretera de la costa. Permanecimos silenciosos unos minutos. Finalmente, Sharon me habló:

—¿Preocupado, Steve?

—No. ¿Por qué?

—Estás muy callado.

—Oh, eso... Pensaba, simplemente.

—¿En tu novela?

—En cierto modo.

—Olvídala por esta noche —se inclinó, besándome. Esta vez no fue en la nariz, sino en los labios. Me gustó más—. Y piensa sólo en mí, Steve.

—Sí, Sharon —prometí—. Sólo en ti...

Aceleré un poco, y el aire fresco, húmedo, salobre, penetró en el automóvil, tonificante. Puse la radio. Daba suaves bailables. Sharon suspiró, apoyando su rubia cabecita en mi hombro.

Traté de pensar sólo en ella, como había prometido.

No pude. También pensaba en "Brian". Y en "Howard"...

No podía dejar de pensar en ello. Ni podía dejar de preguntarme cuánto tiempo tardarían en encontrar el cadáver del hombre a quien yo había asesinado.

Yo, Steve Corman. No "Brian", sino yo. Yo, el asesino...

PRIMERA PARTE

CRIMEN EN PRIMERA PERSONA

CAPÍTULO PRIMERO

ENCONTRARON a la víctima demasiado tarde.

Hacía una semana del asesinato. Una larga semana. Especialmente, fue larga para mí.

La más larga de todas las semanas de mi vida.

Día a día hojeando los periódicos, sobre todo en sus páginas de sucesos. Día a día abriendo el televisor, a la espera de los boletines de noticias. Y escuchando la radio, pendiente siempre de la información diaria de la ciudad.

Resultado siempre: negativo.

Así fue desde aquel domingo. Hasta el sábado precisamente. El sábado a media tarde. Entonces lo encontraron.

Me enteré de cómo había sucedido, igual que si yo estuviera allí. Supe de qué modo fue hallado, conocí las circunstancias del hecho, igual que si lo hubiera presenciado todo. El reportaje de Martin Bantam sobre ello, era muy amplio y minucioso. El siempre escribía de ese modo. Naturalmente, mientras presenciaba los hechos o los relataba luego, sentado delante de su máquina de escribir para los lectores, Martin Bantam no podía imaginarse que un buen amigo suyo era el asesino de aquel hombre.

No podía sospechar, ni en sueños, que yo, su amigo Steve Corman, fuese el asesino de un hombre poco conocido en Miami Beach, cuyo nombre era, aparentemente, Clark R. Smitthers.

Sólo aparentemente...

* * *

—Clark R. Smitthers. Era su nombre, teniente.

—Ya. Al menos, el nombre con el que arrendó este *bungalow*, ¿no, señora Pearson?

—Bueno... sí —asintió Abigail Pearson, vacilante, pestañeando tras de sus gafas de montura metálica, dorada—. Eso es lo que él dijo. Y a ese nombre se lo arrendé, percibiendo íntegramente el importe de tres mensualidades, que es el mínimo de tiempo por el que se alquilan estas viviendas.

—Comprendo, señora Pearson —el teniente Ralph Dillman, de la División de Homicidios de Tallahassee, sacudió enérgicamente su cabeza, sin desviar los ojos de la dama de ropas oscuras, pelo negro, ojos del mismo color, mortecinos y gafas de grueso cristal—. ¿Es usted la propietaria de todos estos *bungalows* que arrienda?

—¡Cielos, no! —suspiró ella, con una sonrisa—. Qué más quisiera... Valen mucho dinero, teniente. Son residencias para millonarios, artistas y gente de esa clase. Naturalmente, sólo administro las viviendas, cuido de ellas, me ocupo de tratar directamente con los clientes, en nombre de la entidad propietaria, la Inmobiliaria Acme, de Tampa.

—Bien. Dejemos eso, señora Pearson —el policía paseó, reflexivo, en torno a la piscina oblonga, sobre el suelo de brillantes y multicolores mosaicos, bordeados de césped bien cuidado, parasoles circulares, mesas y sillas de metal esmaltado, y las cabinas para desvestirse quienes utilizaran la piscina—. Lo importante ahora es el caballero Smitthers. Clark R. Smitthers, difunto. Muerto violentamente. Víctima de asesinato, en suma.

—Dios mío, si llego a imaginarlo... La empresa va a disgustarse mucho por un suceso así...

—Olvídese de la empresa, señora. Eso tiene poca importancia ahora. Aquí tenemos un hombre muerto. Asesinado —señaló a la piscina—. Se trata de una vida humana. Y mi misión es encontrar a la persona que lo asesinó...

Ya los dos agentes extraían del agua, cuidadosamente, el cuerpo en estado de corrupción, con las ropas hechas jirones sobre la carne fétida. Los blancos cabellos, abundantes y pulcros, eran, sin embargo, bien reconocibles aún, sobre lo que la acción prolongada del agua había hecho en el cadáver.

—Pónganlo ahí —invitó el teniente Dillman, señalando los baldosines—. No lo manipulen demasiado, o se nos deshará entre las manos.

Hizo un gesto de repugnancia al ver la faz descompuesta, las manos incoloras, hinchadas, tumefactas, los brazos corroídos por la humedad, la podredumbre...

La sangre salpicaba los bordes de la piscina, el fondo del agua, en fragmentos cuajados, oscuros. Las ropas de la víctima estaban igualmente podridas, pero conservaban los orificios bien visibles, la mancha de sangre en torno a cada agujero encima de su torso.

—Cuatro —dijo Dillman—. Fueron cuatro balazos... No mire, señora Pearson. No resulta nada agradable, puede creerlo.

Retirado el cuerpo, el teniente contempló el fondo de la piscina. Yacía en su fondo un reloj de pulsera sumergible, con correa de goma, que sin duda se había desprendido al pudrirse en el agua, cayendo del brazo muerto al fondo de baldosas verdes.

—Recojan luego ese reloj —indicó—. Y avisen al forense y a los técnicos para hacerse cargo de la casa y del muerto. Ese hombre, al menos lleva ahí cinco o seis días muerto...

Retiró al interior del *bungalow* a la dama de ropas oscuras y gafas de abundantes dioptrías sobre sus oscuros ojos sin expresión. La hizo sentarse frente a una mesa donde aparecían dos servicios de combinados, con sus copas, una mediada y otra vacía. La vacía había caído sobre la mesita, quebrándose su pie. Había un cenicero con cigarrillos. Y un mueble bar, abierto.

—No toque nada de eso, señora —avisó el teniente—. Es posible que el visitante de Smitthers que tomó un combinado en su compañía... fuese el propio asesino.

—No, no se preocupe. No tocaré cosa alguna —musitó, con aire de aturdimiento y horror la empleada de la Inmobiliaria Acme, especializada en arrendamientos y venta de *bungalows* de lujo en todo Miami Beach, para millonarios, artistas y gente así—. Pero creo que nunca necesité una copa más que ahora, en toda mi vida.

Dillman sonrió, comprensivo. Su figura maciza, y no por ello pesada en absoluto, se movió hacia el bar. Eligió una copa y la medió de brandy, volviendo junto a su testigo. Le hizo beber, y sin trabajo alguno por cierto. La señora Pearson apuró la dosis de un trago.

—¿Se encuentra mejor? —indagó el policía de Tallahassee.

—Algo mejor, gracias —musitó ella suavemente. Se echó atrás en el asiento—. Dios mío, es como una pesadilla...

—He vivido muchísimas pesadillas parecidas, señora —suspiró Dillman—. Y nunca me desperté de ellas, puede creerme.

Caminó, ceñudo, hasta el teléfono. Lo descolgó, pero utilizando un pañuelo, para cubrir sus dedos, y no dejar huellas en el aparato. Marcó un número.

—Aquí, el teniente Dillman —habló—. Desde el *bungalow* de la 2.300 de Seaside View. Quiero informes sobre un tal Clark R. Smitthers, de cabellos blancos, aspecto deportivo, tez bronceada por el sol, cosa de seis pies de estatura, y unos cuarenta y ocho años aproximadamente. Clark R. Smitthers, sí. Decía que era empresario teatral en Broadway. Averiguad eso. Podría ser una falsa identidad, por supuesto. Llamad a Nueva York. Es evidente que sí procedía de allí, porque su coche es un automóvil con matrícula del estado de

Nueva York. Creo que no era propio, sino alquilado. Un "Chevrolet" verde botella. Es todo por el momento. Si obtenemos algunas huellas o cualquier cosa que nos sirva, de esa especie de montón de carne podrida que es Smitthers, avisaré enseguida. El forense aún no lo ha examinado, pero sospecho que lleva muchos días flotando en la piscina donde le cosieron a balazos. Es evidente que no recibía muchas visitas, para pasar tanto tiempo. Pero en cambio, tuvo visita el día en que murió. Posiblemente esa visita le mató.

Colgó, y caminó con el ceño fruncido, fumando un cigarrillo con parsimonia. Se inclinó para dejar la ceniza en el cenicero de vidrio rojo. Se detuvo. Había allí puntas de cigarrillos emboquillados. Dos clases de puntas, exactamente.

Optó por tirar la ceniza en el suelo. Estudió las dos clases de puntas. Una boquilla era color café. Como todos los cigarrillos que aparecían dentro de una cajita lacada que, al abrirse, tocaba una musiquilla tenue, sincopada.

Las notas de *Its a long Way to Typerary*, la marcha británica. Cosa curiosa, también en la cajita se veía la bandera de Gran Bretaña, la Flag. Y un paisaje típicamente Victoriano.

Cerró la cajita musical de tabaco. Estudió la segunda punta de cigarrillo con mayor atención. Filtro blanco, con una franja dorada. Un filtro especial de determinada marca de cigarrillos que se vendía en latas de cincuenta, lo recordaba muy bien Dillman. Tabaco extranjero. Inglés también, aunque importado acaso de Turquía o de Egipto. Curioso, pensó...

Guardó aquella punta, dentro de un sobre de papel manila, dentro de su americana. No dijo nada. Caminó hasta la puerta vidriera, asomada al jardín. El coche verde botella estaba detenido ante la puerta cerrada del garaje particular del *bungalow*. Un "Chevrolet" del año anterior. Mucho polvo en su carrocería. Alquilado en Nueva York, a nombre de Clark R. Smitthers. Raro, muy raro que un hombre que iba a

vivir tres meses en Miami, llevara coche de alquiler, y no propio. Examinó la tarjeta, con el nombre de la entidad que alquilaba automóviles, adherida en su parabrisas. Por ese detalle había sabido inmediatamente que el automóvil no era propio.

"Conduzca como si fuera su propio coche —decía el *slogan* del adhesivo—. Y cambie fácil y económicamente de marca, color y modelo. Topper se lo ofrece."

Tomó nota mental. Topper. Nueva York.

Luego, el teniente Dillman llegó hasta el seto bien cuidado, y retrocedió de nuevo a la casa. La señora Pearson permanecía inmóvil, como dormida, con los ojos entornados. En la piscina, había actividad. El cuerpo de Smitthers estaba ya tapado con una lona. El olor llegaba hasta el interior del *bungalow*. Era insoportable. Ese mismo olor había hecho que un vecino avisara a la policía, informándole de ello.

—El reloj, teniente —uno de los agentes locales entró, y le tendió el cronómetro sumergible, envuelto en un plástico.

Dillman lo tomó. Era un reloj de marca costosa, dotado de cuanto precisa un submarinista. Grande y con cinco coronas para accionar sus respectivos mecanismos de precisión. Marca europea, suiza. Observó la correa de goma, que se deshacía, llena de grietas. Llevaba una marca que no era la del reloj. Una marca especial: "Parks. Londres".

Frunció el ceño. Smitthers gustaba mucho de cosas inglesas. Acaso él mismo era europeo, británico incluso. Tendría que aclarar eso. Buscó documentos por la casa, pero no halló ninguno relativo a la identidad del ocupante del *bungalow*.

Si había alguno en sus ropas veraniegas, puestas cuando cayó a la piscina, estaría completamente destruido por la acción del agua. Solamente los laboratorios de la policía, podrían sacar algo en limpio de ello, con un poco de suerte.

—Un feo asunto —se dijo entre dientes el policía llegado de Tallahassee—. Muy feo, diría yo...

Y regresó lentamente a la piscina, para seguir estudiando los hechos en su propio escenario, mientras uno de sus hombres se quedaba, haciendo compañía a la señora Pearson.

Fue entonces cuando uno de sus hombres se acercó a él con algo entre los dedos. Se lo entregó. Era de plata, y aparecía bastante sucia. Una pulsera o cadena de identificación. Eslabones gruesos, una placa ovalada.

Un nombre ostensiblemente marcado en ella, con gruesos caracteres:

Clark. Eso parecía estar de acuerdo con la supuesta identidad de la víctima.

—La llevaba el cadáver. Se desprendió, a causa... bueno, a causa del estado de la mano, que se cae sola... —hizo un gesto de repugnancia—. Dele la vuelta, teniente. Eso es lo que creo que puede ser importante.

Dillman así lo hizo.

En caracteres infinitamente más pequeños, grabado en el reverso de la placa de plata, pudo leer un nombre, una fecha, un lugar:

HOWARD YOUNG.

27-5-1922.

Chelsea, London.

Ralph Dillman supo entonces que había llegado, con sorprendente facilidad, a un dato revelador; la que era, posiblemente, auténtica identidad del hombre muerto. —Howard... —repitió—. Howard Young...

* * *

Howard Young.

Taché el nombre con un fuerte trazo rojo.

Ya estaba. Uno menos. El primero de todos.

Yo aún no sabía para entonces que la policía de Florida tenía ya la identidad real de Clark R. Smitthers. Yo sólo sabía lo que Martín Bantam, mi buen amigo Martin Bantam, reportero del *Caribe News* había escrito en su columna, sobre un cadáver hallado en un *bungalow* de Seaside View.

Howard Young, alias Clark R. Smitthers. Muerto. Asesinado.

Asesinado por mí, Steve Corman. Para él, yo fui "Brian" hasta su último momento. Así tenía que ser. Steve Corman era un nombre tan falso como el de Smitthers. Y esperaba que siguiera siendo válido para todo el mundo en Miami Beach.

Suspiré, contemplando el nombre tachado. Luego, miré el siguiente. Alcé sobre él mi rotulador de punta roja. No podía tacharlo. No aún.

Pero tendría que hacerlo pronto.

Solamente dejé un puntito rojo, junto al nombre de mujer.

Karin Caine.

Era ella: Karin.

La siguiente víctima. La segunda en la lista.

—Karin... —murmuré, entornando los ojos—. Tengo que hacerlo. Tengo que reunir fuerzas. Las suficientes para no desfallecer, para no detenerme ya. Ahora es tarde. Demasiado tarde... Tengo que seguir matando.

Lo haría. Seguiría adelante. Hasta el fin.

Era una promesa. La promesa hecha a una persona muerta. A una persona que todos ellos, hijos de perra, destruyeron cobardemente, sin piedad.

Estaba allí para eso. Y lo iba a hacer.

Iba a matar otra vez. La segunda vez. Habría otras más. Cuatro más. Después, nada me importaría. Yo mismo iría a entregarme, a confesarlo todo. Sólo pedía tiempo. Tiempo suficiente para llegar hasta el fin.

Y el fin era la muerte. La muerte de todos ellos. De ellos seis.

Había uno. Pronto serían dos.

—Karin Caine... —repetí—. Te toca a ti. Lo siento...

* * *

—¿Karin Caine? ¿Señorita Caine?

—Sí, yo soy.

—Flores. Para usted. ¿Quiere firmarme aquí, por favor?

—Claro —firmó, halagada. Luego, entregó al botones una generosa propina. Ella siempre habla sido gene— rosaren todo.

Recogió el costoso y bello ramo de flores. Aspiró hondamente su aroma, y pareció feliz. Muy feliz. Todas las mujeres son felices con las flores. Incluso una mujer como Karin.

—Me gustaría saber quién las envió —dijo, buscando en vano una tarjeta entre ellas.

—Yo —le dije.

Me miró, sorprendida. Frunció el ceño. Sus bonitos ojos pardos brillaron intensamente.

Acostumbraban a brillar así. Cuando estaba excitada, intrigada... o recelosa. Quizá ahora, había de todo un poco en su expresión.

—¿Usted? —murmuró.

—Eso es. Yo envié las flores.

—¿Cómo puedo saber que dice la verdad? —dudó ella.

—Cuenta las gardenias. Ha de haber diez. Y doce rosas. Y quince

azaleas. Así lo encargué.

—Es cierto —dijo—. Son exactamente las que usted dijo. ¿Por qué me las envió?

—Pronto lo sabrá —sonreí—. Después de todo, una mujer hermosa siempre recibe flores, ¿no es cierto?

—Sí, pero... habitualmente de algún admirador.

—Yo la admiro.

—¿Usted?

—Yo —asentí—. ¿Tiene algo de extraño?

—No, pero... sinceramente, no esperaba flores de una persona como usted. No es de los que acostumbran a cortejar a las mujeres bonitas, aunque éstas sean famosas y triunfen como artistas, ¿me equivoco?

—Pues... no, no se equivoca —admití, risueño, sin desviar mis ojos de ella ni un solo momento.

Ella miró a su alrededor. El ambiente era luminoso. Todo respiraba lujo allí. Desde las dos grandes piscinas, la pista luminosa para bailar, el escenario de actuación para las artistas del *show* habitual, hasta las terrazas y miradores del suntuoso hotel de millonarios frente a las aguas azules de los *surfsides* de Miami Beach.

Y allí, a mi lado, en su mesa habitual, Karin Caine. La más hermosa, la más agresiva y espléndida mujer de todo el elenco artístico del hotel. Y también la mejor cantante del local, por si no tuviera bastante con sus encantos físicos, en los que la naturaleza había sido tan generosa como en la proporción mismas de sus curvas.

Karin era la *star* indiscutible. La mujer sensual, voluptuosa, que sabía aparecer en escena, sabía cantar, vestirse... y desvestirse también. Su línea de *strip-tease* no era vulgar ni de mal gusto. Siempre insinuante, siempre sugiriendo, más que exhibiendo. Y tenía mucho y abundante por exhibir, sobre todo en su torso y en sus caderas...

Poseía ojos pardos, cabello rojo suave, boca fresca y golosa, picardía y gracia, además de una voz cálida, pastosa, grave, que sabía entonar la canción sin alardes, pero con buen estilo. Esa era Karin. Al menos, para los que la iban a ver al hotel de lujo de Miami Beach. Para mí, ella era algo diferente. Muy diferente.

Para mí, Karin era... mi segunda víctima. Yo, el asesino, no podía pensar como los demás. Yo no había ido allí a admirar sus encantos, su belleza, su tremenda sensualidad. Nada de eso. Yo había ido a destruir de golpe todo ello. Con el golpe de la muerte...

Pero ella no lo sabía. Ella no podía recordarme ahora. Ella no era

una buena fisonomista, evidentemente. Y había que añadir a eso mi diferente apariencia física actual. Yo, Steve Corman, el escritor que pasaba una temporada en Florida, preparando una novela negra, de crímenes y de violencia, ¿qué podía tener en común con aquel hombre ya olvidado por muchos, un hombre llamado Brian Barnes?

Nada o casi nada. Karin, al menos, no podía advertirlo. Howard había sido distinto.

Howard era muy listo. Lo fue siempre. Tan listo como desalmado. Siempre fue el cerebro de todo lo perverso, de todo lo vil. De todo lo que a él le sirviera de lucro, por supuesto.

Karin era tan malvada como él. Pero era mujer, no era un portento de inteligencia, y no recordaba bien mi I ostro, mi voz. Eso era lo que la diferenciaba de Howard.

Con él había sido fácil. No había motivo para que no lo fuese también con ella. Quizá, incluso, más sencillo aún. Quizá...

—Son muy hermosas sus flores —dijo, tras una pequeña pausa.

—Dignas de usted —respondí, cortés.

—Le dedicaré esta noche mi actuación —murmuró, contemplándome fija, tan fija que, por un momento, temí que su capacidad de identificación fuese suficiente para reconocermé, y eso me turbó un poco.

Estaba equivocado, por fortuna. No me reconoció. Mi turbación sólo bastó para hacerla reír suavemente, convencida de que sus irresistibles encantos me habían hecho mella.

—Puede sentarse conmigo —ofreció, espontánea, mostrándome un asiento en su mesa—. No acostumbro a invitar a nadie, pero usted parece distinto a muchos de los que conozco.

Sonreí, aceptando. Me acomodé en su mesa. Recordé algo que Sharon me dijo en una ocasión: "Eres muy atractivo para las mujeres. Si alguna te dice que te considera un caballero y un buen amigo suyo, no la creas. Será sólo porque le gustas demasiado..."

Quizá Sharon tenía razón. Nunca he sido presuntuoso. Si Karin actuaba movida por esos sentimientos... tanto mejor. Todo sería aún más sencillo.

Poco después, nos encontrábamos bailando en la pista luminosa, que era como un cristalino lago fluorescente, bajo nuestros pies. Los cuerpos muy juntos, muy apretados. Sentía contra mí la fricción de sus formas rotundas, la vecindad excitante de su cálido cuerpo. Como en otro tiempo, pensé con frialdad. Un tiempo del que ella no se acordaba. Pero

yo, sí.

Cuando habló, tenía sus labios carnosos tan próximos a los míos, que noté su aliento, fresco y anhelante, rozando mi boca:

—¿Cuál es tu nombre?

—Steve —respondí.

—Steve... Me gusta. ¿Sólo Steve?

—No, claro —reí—. Steve Corman. Tengo un apellido, como todo el mundo.

—Bien, Steve Corman. Creo que vamos a ser muy buenos amigos tú y yo —musitó ella, insinuante.

—No deseo otra cosa —suspiré.

La música continuaba. Nuestros pies se movían con suave agilidad en la pista luminosa.

Pero creo que para entonces, ni ella ni yo pensábamos demasiado en todo ello.

Aunque mi mente era fría y lúcida en todo momento, aunque tenía una misión por cumplir, uno no puede olvidarse fácilmente de que es hombre.

En cuanto a ella... lo último que podría olvidar en este momento, es que era mujer.

Un fuego donde lo difícil era no quemarse.

Y a mí, no me importaba quemarme. Ni mucho menos.

Y me quemé, claro...

Capítulo

II

—STEVE...

—¿Sí, Karin?

—Steve, estoy empezando a amarte... Me atraes. No sé por qué, pero me empiezas a atraer demasiado.

Sonreí, fumando en silencio, la vista perdida en las luces, en su cabrilleo, allá en las aguas del Atlántico. A mis espaldas, sentí como un suave ronroneo. Las manos de Karin rodearon mi torso, se apoyaron en mi piel, acariciadoras.

—A veces me parece mentira, Karin —murmuré, sin volverme.

—¿Qué, Steve, querido?

—Esto de ahora; tú y yo aquí... Esta noche...

—No es mentira —susurró—. No ha sido mentira, Steve.

—No, claro que no. Sólo lo parece. Era tan lejano para mí, tan difícil de imaginar... —Steve, me gustas. Me atraes.

—No, no siempre es así. No siempre resultan tan accesibles las cosas, Karin —murmuré.

—¿Qué quieres decir?

—Una vez, hace tiempo de ello, me atrajo una mujer. Una mujer como tú. Increíblemente parecida a ti. Como si fueseis la misma persona. Pensé que sería mía, que llegaría a amarme como yo a ella... Fue una locura, Karin.

—¿No te amó?

—No, no me amó.

—Debía de estar loca.

—No sé si lo estaba ella o yo. Pero no me amó. Y aún fue peor. Me

traicionó. Se aprovechó de mi pasión, para engañarme vilmente, para utilizarme como un instrumento a su servicio.

—Steve... ¿Y tú te dejaste manejar así?

—Yo ni siquiera me daba cuenta de nada.

—No pareces ser uno de esos hombres fáciles de manejar. Creo que eres de los que saben adónde van, y cómo hacerlo, por encima de todo.

—Por encima de todo... —suspiré con una fría sonrisa—. Sí, ahora sí. Pero entonces eran otros tiempos. Ya te digo que hace años de eso. Yo era tan diferente al que soy ahora, Karin...

—Steve, esa mujer no merece perdón, de todos modos.

—Me alegra que pienses así. Me alegra mucho, Karin.

—Soy sincera. No es justo aprovecharse vilmente del amor de un hombre como tú... —Piensas igual que yo —la miré ahora, porque había ido rodeándome, enlazadas siempre sus manos en torno a mi torso, y podía ver brillar sus ojos pardos, entornados y sugerentes, podía ver el reflejo de las luces de allá lejos arrancando destellos cárdenos de su pelo rojizo, tibia claridad lechosa de su cuerpo, de sus formas plenas. Le pregunté, con voz sorda—: Karin, tú... ¿tú qué harías a una mujer así, cuando supieras que por ella un hombre estuvo a punto de morir, fue arruinado, aniquilado, lanzado a una suerte mil veces peor, incluso, que una muerte piadosa?

—Yo... yo digo que una mujer así... merece morir.

Y me besó, cálida, apasionadamente.

—Exacto —susurré—. Morir. Es lo que ella merece. Pensamos igual los dos. Eso le priva a uno de muchos escrúpulos, a la hora de matar...

Puso sus labios carnosos en los míos. De repente, los retiró con cierto sobresalto. Me miró, inquieta.

—¿Matar? —repitió—. ¿Piensas realmente matarla?

—Sí —afirmé—. Pienso matarla.

—¿Vale la pena... convertirse en asesino?

—Vale la pena... cuando ya se ha matado una vez —sonreí.

Brian fue tu juguete, tu instrumento dócil y estúpido. Steve era diferente. Más fuerte, más astuto, más sereno y frío... Como a ti te gustan los hombres, tigresa, maldita devoradora...

—Brian... —alzó, implorante, sus manos abiertas—Yo te contaré... Te confesaré toda la verdad... No cometas una locura. No lo hagas. Escucha antes. Howard y los demás... ellos me utilizaron para...

—Es inútil cuanto digas. La sentencia está dictada, Karin. Y es a

muerte. Soy juez, verdugo... Todo en una pieza, Karin. No vine aquí esta noche para gozar de tus encantos y de tu pasión. No me acerqué a ti para obtener tus favores de mujer complaciente... No, Karin. Todo eso formaba parte de mi juego. Un juego frío y despiadado. Como el ajedrez. Cuando hay que hacer jaque, se da. Cuando hay que matar la pieza... ¡se mata!

—No soy una pieza, Brian... ¡Soy una mujer, un ser humano! —jadeó ella, descompuesta, estremecida, ya en la amplia terraza asomada al jardín del suntuoso hotel para millonarios—. Yo te proporcionaré dinero. Todo el que tengo. Te ayudaré a rehabilitar tu nombre, a ser feliz ahora...

—Solamente seré feliz cuando caiga el último, Karin —sonreí glacialmente—. Ahora, es tu turno.

—¡No te acerques! —chilló, ronca la voz—. Gritaré... ¡Sí, gritaré, pediré auxilio, te detendrán, te acusaré de asesinato, irás a la silla eléctrica por ello, Brian!

—Nada de eso me asusta. Nada, Karin. No temo a la muerte. Eres tú quien la teme, eres tú quien tiembla, quien no desea morir...

—¡Y no moriré! —jadeó—. No te atreverás... ¡No te atreverás...!

Avancé hasta ella. Ella retrocedió. La barandilla de la terraza la detuvo, cerrándole el paso. Gimió, aterrorizada. Pretendió eludirme, huir a mi persecución, escabulléndose de aquel punto.

No pudo hacerlo.

La aferré con mis brazos. Ella gritó. Comenzó a gritar, en realidad. Ahogué su voz con mi mano fuerte, tapándole la boca.

Forcejeó, pateó. Pero era frágil para mí, pese a sus exuberancias. La manipulé como a un simple maniquí. La alcé sobre la barandilla.

Lo último que vi, fueron sus ojos de terror intenso, profundo, delirante. Luego...

Luego, nada. Flotaron ropas interiores, prendas livianas y translúcidas, cayendo con celeridad al jardín, a las sendas de losas desiguales...

Hubo un impacto sordo en la noche. La forma de flotantes ropas livianas se quedó inmóvil. Para siempre inmóvil, al pie de la alta fachada del hotel.

Respiré hondo.

—Adiós, Karin —dije sordamente.

Volví al interior del apartamento. Apagué las luces, terminé de vestirme, y abandonó el lugar.

Cuando llegué abajo, había revuelo. La gente corría hacia el jardín. Yo abandoné tranquilamente el hotel.

En los escalones de salida, me crucé con algunas personas que entraban en el hotel. La gente trasnochaba en Miami.

Un rostro conocido flotó ante mí un instante. Un hombre de facciones que me eran familiares, se detuvo en seco delante mío. Me miró, incrédulo.

—Eh, Brian... —murmuró, atónito—. Tú... tú eres Brian Barnes...

—Se equivoca, señor —repliqué fríamente—. No sé de qué me habla. Ese no es mi nombre. Y tengo prisa. Mucha prisa.

—¡Un momento! —llamó. Me aferró el brazo—. Estoy completamente seguro. ¡Tú eres Brian Barnes, no puede ser de otro modo! Ha pasado tiempo, pero podría jurarlo y...

—¡Dije que se equivoca, señor! —corté, incisivo— Usted perdone...

Me solté bruscamente de él. Corrí al automóvil que me esperaba algo más abajo, en la alameda de altas palmeras. El hombre corrió tras de mí.

—¡Brian, espera! —insistió—. ¡Estoy seguro, no puedo equivocarme! ¡Brian, ven, por favor! Tengo que explicarte, quiero que comprendas y al fin podamos...

Corrí cuanto pude, me metí en el coche, cuando él estaba a cosa de cincuenta yardas de mí. Era más grueso, más corto de piernas, se movía pesadamente. Pude dejarle atrás.

Arranqué, apagando las luces de atrás, para que no viese la matrícula, y aceleré cuanto pude, perdiéndome en un recodo, tras las palmeras, a todo gas.

El maldito individuo se quedó definitivamente atrás, parado en seco en medio de la calzada. Agitando en vano sus brazos, mientras algunas luces comenzaban a encenderse en los diversos pisos del alto edificio blanco del hotel Surfside.

Había sido un malhadado encuentro aquel, pensé con ira.

Porque el hombre con quien me encontré en la salida del hotel, tras la caída mortal de Karin, desde doce pisos de altura, era uno de ellos.

Una de mis seis víctimas. Uno de los nombres de la lista donde ahora iba a tachar, en rojo, el nombre de Karin Caine...

"Mortal caída en el Surfside Hotel. Bellísima cantante muerta.

Al caer desde el piso duodécimo en plena madrugada.

¿Accidente, suicidio o... asesinato? Misterio en torno a la muerte

de Karin Caine."

Sharon suspiró, apartando los ojos del periódico. Me contempló, pensativa. Yo tomé un trago, y encendí un cigarrillo contemplando el sol del mediodía, blanqueando los modernos edificios de Miami Beach, en la distancia.

—¿Has leído esa noticia, Steve? —me indicó, cruzando sus bronceadas piernas al acomodarse en un brazo del sofá. Su corta falda de deporte, reveló sus bien torneadas pantorrillas y sus bellos muslos.

—Sí, lo he leído —asentí, evasivo.

—Podría ser un crimen.

—Podría serlo, sí. O un vulgar accidente. O un suicidio. Con esa clase de mujeres, nunca se sabe.

—Era muy atractiva, ¿viste la fotografía?

—Sí, la he visto —afirmé, distraído—. Muy bella.

—Steve, como autor de obras de intriga, deberías interesarte por esa clase de asuntos. Siempre puede haber materia en ellos, ¿no crees?

—No, no creo. Te asombrarías de lo vulgar que puede resultar la realidad si uno quiere trasplantarla a un relato literario. Hacer una novela, no es hacer periodismo, Sharon.

—Lo sé. Solamente te daba una idea —suspiró ella—. Estos temas hacen las delicias de Martin Bantam. Ya estará en el hotel, contemplando el cadáver, estudiando el lugar del suceso, mitad como reportero, mitad como periodista aficionado.

—Martin... —sonreí—. Tu compañero de trabajo... Parece un buen chico.

—Lo es. Sólo que él se ocupa de crónicas negras, y yo sociales femeninas y todo eso —sonrió Sharon. Luego, tomó uno de mis cigarrillos y lo prendió con mi encendedor de mesa, haciendo una pausa, antes de cambiar de tema—. Steve, ¿y tú novela, cómo va?

—¿*Crimen en primera persona*? —sonreí, encogiéndome de hombros—. No muy bien.

—¿Qué te ocurre? ¿Un atasco?

—Un buen bache —reí—. No he salido de su primer capítulo, Sharon.

—Eso no está bien. Deberías trabajar más. Viniste aquí a eso, ¿no es cierto, Steve?

—Muy cierto, pero existen imponderables. Cuando las ideas no fluyen bien prefiero no esforzarme. La novela sería entonces un

desastre.

—Tú sabrás —suspiró Sharon—. Yo tengo que entregar cada día mis colaboraciones. El trabajo del periodismo es mucho.

—No lo dudo —admití, risueño.

Sonó el teléfono. Me excusé, tomando el aparato. Era la señora Pearson, la encargada de los *bungalows*, representando a Inmobiliarias Acme. Recordé que tenía que examinar unos desperfectos en la piscina, para avisar a los operarios. También tenía que cobrar su trimestre. La señora Pearson no se olvidaba fácilmente de esas cosas.

Colgué. Sharon se había asomado al jardín, contemplando el día radiante y el bello panorama que se dominaba desde allí. Me excusé:

—Perdona un momento. Debo ir a arreglar unas cosas antes de que llegue la señora Pearson. No tardaré ni cinco minutos.

Sharon asintió. Besé su mejilla y corrí al fondo de la casa, en busca de dinero, y de las referencias que había anotado, sobre los fallos en la piscina y su renovación de agua, desinfección y demás. Si uno no llenaba esos impresos de reclamación, la Acme no prestaba el servicio. Cuestión de trámites burocráticos. Algo que siempre me había irritado.

Mis manos temblaban nerviosamente cuando abrí la gaveta de mi armario y extraje el impreso y el dinero. Ahora que Sharon no estaba presente, mi pretendida serenidad se iba al traste.

Estaba preocupado. Muy preocupado. No podía hablar a nadie de mis cosas. A nadie. No se puede hablar de asesinatos. Yo era un asesino. Lo que estaba sucediendo era ya superior a mis fuerzas. No podía controlarlo, a veces, solamente el destino juega con uno a lo insólito, a lo alucinante.

Me incorporé. El impreso estaba bien detallado en su reclamación. Lo había rellenado minuciosamente, y firmado después. Tomé dinero en efectivo, para liquidar a la señora Pearson el nuevo trimestre, por anticipado.

No pude evitar de pensar en ello. Tres meses ya...

Tres meses en Miami Beach. Tres meses en Florida, disfrutando de su ambiente para millonarios. Con un nombre nuevo: Steve Corman. Falso. Tan falso como mi personalidad actual de novelista, como mi pretendida estancia de trabajo y de placer a la vez.

Trabajo... Matar podía ser un trabajo.

Placer... ¿Podía ser un placer asesinar?

Al principio, tal vez lo había sido. Pero ahora...

Miré mis manos. Temblaban aún ligeramente. Fui a la mesilla. Tomé

una pastilla de analgésico y calmante, con un trago de agua de la botella. Respiré hondo, y volví junto a Sharon.

Sharon Talbot. Periodista de la página femenina del *News*. Me la había presentado Martin Bantam, su colega de sucesos, aquella noche en el Flamingo. Y allí había empezado una amistad que empezaba a ser algo más que amistad. Ya algo más tarde, aquella misma noche, bailando en *Everglades Paradise*, tomando whisky en el Seminola, o parándonos a comer *Hot dogs* en un restaurante de la carretera a los Cayos, había comprendido que Sharon, muchacha culta, inteligente, sensible y, sobre todo, atractiva y femenina cien por cien, era muy diferente a cuantas conocí antes. Y me sentí atraído por ella...

A Sharon yo no le fui indiferente, pude darme cuenta desde el primer momento.

Y ahora... ahora estaba seguro de sentir por ella algo afectivo. Sus sentimientos hacia mí, eran, pese a su trato cálido y afectuoso, todavía una incógnita.

Regresé al *living*.

Me quedé helado. Creo que perdí el color, y mi cuerpo se quedó rígido, como clavado al suelo.

Sharon alzó sus ojos. Me contempló fríamente, por encima del puñado de folios mecanografiados, que había extraído de una gaveta de mi mesa de trabajo.

—De modo que escribiste otro capítulo —dijo.

El suelo se resquebrajaba bajo mis pies. El sudor helado, era una película húmeda y pegajosa, sobre mi piel. No advertía siquiera que estaba estrujando rabiosamente entre mis dedos el impreso de la Inmobiliaria y mis billetes de Banco...

—Sharon... —dije roncamente—. Esa gaveta... Estaba cerrada con llave... ¿Cómo la abriste?

—Debiste olvidarlo. Estás confundido, Steve —me dijo, glacial—. Estaba sin llave.

Bastó tirar de ella y abrir... Vi que era el segundo capítulo...

—¿Y... leíste? —susurré, con una voz que ni siquiera identificué como mía.

—Sí —dijo ella, acerado su tono—. Leí Steve. ¿O te llamas Brian Barnes?

—Sharon... —gemí, tambaleante.

—He leído el segundo asesinato —dijo—. El de Karin Caine... El que traen hoy todos los periódicos, Steve... Novela... y realidad. Eres,

realmente, un asesino...

Capítulo



UN asesino.

Era un asesino. Sharon acababa de descubrirlo.

Siguió un silencio largo, profundo.

—Es verdad —dije finalmente.

Me moví. Alcancé una butaca estampada, alegre, de luminoso tapizado. Me dejé caer en ella. No dije nada. No valía le pena. No conducía a nada tampoco. Ella tuvo razón. No había nada que discutir.

—Has matado, Steve... —susurró ella.

—He matado, sí —admití.

Otro silencio. Cada uno era peor que el otro; más denso, más cargado, más violento y difícil.

—Dios mío, ¿por qué? —musitó ella.

—Tú has leído eso —dije—. Es la verdad.

—La verdad... De modo que Steve Corman... es Brian Barnes.

—Eso es. Una misma persona.

—Y... ¿los motivos?

—Los mismos. Igual que en mi obra, Sharon.

—Venganza...

—O justicia, no sé. Nunca supe dónde terminaba una rosa y empezaba la otra.

—Nadie es quién para hacer justicia.

—Pero sí para vengarse.

Por tanto, no es lo mismo, Steve. Oh, ¿por qué tuviste que hacerlo? ¿Qué te ha sucedido?

Me encogí de hombros. Era difícil explicarlo todo. Difícil e inútil. No

lo iba a admitir. Ella no. Posiblemente nadie.

—En el primer capítulo mataste a un hombre llamado Howard... Ese hombre era muerto en un *living*... Pero el cadáver que apareció el otro día... era en una piscina.

—Detalles —sonreí—. Pequeños detalles. No siempre puede ser igual...

—Steve... Steve, esa mujer Karin... murió realmente al caer o ser arrojada desde su apartamento en el Surfside Hotel... Ahí casi nada se alteró... respecto al original...

—Lo sé. He leído los periódicos —susurré, estremeciéndome.

—Steve, ¿por qué ese afán, esa obsesión? Es enfermiza, no es normal... Es como una gran psicosis. Steve, ¿no te basta con... con matar? —imploró—. ¿Has de exponerlo también en tu libro, como una complacencia morbosa, como un alarde o un ensañamiento en ti mismo, en tu mente...?

—Tal vez —admití con cierto helado escepticismo—. Empiezo a dudar de mí mismo, de todo lo que me rodea, de cuanto vivo... Es como estar inmerso en una pesadilla. Y no despertar nunca de ella...

—Pero Steve, sea como sea... has cometido dos delitos terribles... ¡y los has reflejado cínicamente en tu propia obra, acusándote a ti mismo, repitiendo casi punto por punto, lo que hiciste!

—Yo podría decirte otra cosa, Sharon, pero ¿de qué valdría?

—El crimen no tiene excusa, Steve, por justificado que crea estar.

—No me justifico. Quiero decirte algo.

—¿Qué?

Dudé. Miré los folios en sus manos. Mi obra. Mi relato de dos asesinatos premeditados, a sangre fría: los de Howard Young y Karin Caine. No, no valía la pena. ¿Para qué?

—Nada —susurré—. Nada, Sharon.

—Steve, puedo salir ahora de aquí, ir a ver a Martin Bantam, contarle la verdad... O llamar al teniente Dillman, de la división de homicidios de Tallahassee. Y revelarles cuanto sé, mostrarles estos folios...

—Claro. Hazlo, Sharon. Si tu conciencia te lo exige... hazlo.

Ella me miró. Los folios se arrugaban en sus dedos crispados. Estaba muy pálida. También yo, sin duda.

—Steve... —musitó. Tenía los ojos húmedos, patéticos casi—. Steve, no... no te entiendo...

En aquel instante, me creí obligado a decírselo. A revelarle todo, a decirle lo que me torturaba. Avancé unos pasos hacia ella, extendí mis brazos y comencé:

—Sharon, yo...

—Buenas tardes. ¿Puedo pasar, señor Corman?

La señora Pearson. Con sus gafas de montura dorada, de amplias dioptrías, con sus ropas oscuras y severas, con su gesto seco, comercial, adusto y eficiente.

Ella lo estropeó todo en ese momento. Quizá era mejor así. No hubiera sabido decirlo. Me quedé mirándola con cierta irritación, al verla aparecer en el umbral de la puerta— balcón asomada al jardín. El sol la silueteó, y admití que, pese a su aspecto de burócrata incorregible, no tenía mal tipo, pero eso era algo, que, sin duda, a ella la tenía perfectamente sin cuidado.

—Hola, señora Pearson —saludé ahogadamente. Mis ojos se volvieron un leve instante a Sharon. Le sugerí, con voz ronca, significativa—: Haz lo más oportuno, cariño. Aceptaré lo que tú decidas... con todas sus consecuencias.

La señora Pearson miró curiosamente, con cortés sonrisa, a Sharon. Ella me siguió mirando a mí. Indecisa tal vez, no lo sé.

—Te veré más tarde, Steve —dijo Sharon, inexpresiva. Tiró los folios sobre la mesa, brusca e inesperadamente—. Guarda tu trabajo. Y echa la llave. Es lo mejor... por ahora.

Dio media vuelta. Estaba a punto de llorar. O lloraba ya, no supe decirlo. Pero se marchó rápidamente, jardín adelante, hacia el exterior. Miré, con una mezcla de indecisión y alivio, los folios mecanografiados, olvidados sobre la mesa, rugosos y revueltos. La señora Pearson tuvo un gesto de circunstancias.

—¿Problemas sentimentales? —sonrió, maliciosa.

—En parte —admití. Recogí, rápido, los folios. Los alisé, metiéndolos rápidamente en la gaveta. Busqué la llave en mí bolsillo. Esta vez estaría bien seguro de lo que hacía. Cerré con doble vuelta. Me detuve. Guardé la llavecita, con su llavero, en mi pantalón. Respiré hondo. Me enjuagué el sudor de la frente, con un manotazo.

La señora Pearson no me perdía de vista, curiosa e intrigada. Sonrió como sonríen siempre las chismosas.

—Hace calor —observó, queriendo ser trivial—. Mucho calor, señor Corman.

—Sí, mucho —acepté—. ¿Usted no va a la playa, señora Pearson?

—¿Yo? —casi se escandalizó—. Cielos, no. No me gusta el mar. Ni el deporte acuático.

La miré, pensativo. Me mostré intencionadamente malicioso.

—Pues debe tener bastante buen tipo en bikini, señora —dije.

Enrojeció hasta sus orejas. Pareció ofendida y se irguió, airada. Su voz era de una frialdad desalentadora cuando replicó:

—No me gustan ciertos comentarios, señor Corman —reprochó—. Si es un cumplido, no fue oportuno. En mi trabajo exigen personas serias y conscientes, no lo habitual en estos sitios. Encontrará chicas a quienes esos comentarios les halagará enormemente. Conmigo, pierde su tiempo. Detesto a los *play boys*.

—Yo no soy un *play boy*, señora.

—Eso creo —manifestó, altiva—. Sólo lo dije por si tiene la equivocada idea de imitarles... conmigo. Ahora, hablemos de asuntos serios, señor Corman. ¿Qué sucede con su piscina?

—Verá... —le tendí el impreso—. Ahí está todo detallado minuciosamente, y...

—No tiene que preocuparse más. Mañana por la mañana recibirá a los técnicos, apenas estudien esto en la agencia. Cuando todo esté arreglado, pasaré a ver cómo le atendieron.

—Muy bien —dije—. Por otro lado, cobre el próximo trimestre. Aquí tiene su dinero...

Ella asintió, tendiéndome un recibo que ya traía preparado a cambio de mi dinero. Lo recogí. Eficiente señora Pearson,... Siempre todo a punto.

—Ah, quería advertirle —me habló ella, guardando el dinero sin demora—. Desde mañana, tendrá usted un nuevo vecino aquí...

—¿Un vecino? —la idea, sin saber por qué, me disgustó—. ¿Dónde?

—En el *bungalow* inmediato, el de la derecha... El que ocupó un actor de Hollywood el año pasado... Esta vez, se trata de un deportista...

—¿Un deportista?

—Bueno, mejor dicho un ex deportista —rectificó—. Un antiguo jugador de béisbol bastante famoso. Jugó con los Yankees. Wilb Farrell. Ha sido famoso, ¿verdad, señor Corman?

—Wilb Farrell —repetí, con un estremecimiento—. Wilb Farrell... Cielos...

—Le veré más tarde, cuando los técnicos hayan recibido el encargo y vengan a repararle la piscina —dijo la señora Pearson, volublemente,

camino ya de la salida—. Espero que su nuevo vecino no sea demasiado ruidoso, como le ocurría a aquel actor de Hollywood del año pasado. Si fuera de otro modo, le advierto que tiene perfecto derecho a quejarse, y la Acme cancelaría el contrato al señor Farrell inmediatamente. Buenas tardes...

—Buenas tardes, señora Pearson —respondí, mecánica, evasivamente.

Ella se fue. Me quedé solo. Solo con mis dudas, indecisiones, temores, angustias...

Me quedé solo, con aquel nombre flotando en mis labios, como algo candente, como una brasa que estuviera quemando mi lengua, mi paladar, alcanzando mi mente...

—Wilb Farrell... —repetí—. Wilburn Farrell... Precisamente él...

El. Wilb Farrell. Antiguo héroe del béisbol neoyorquino. Ahora, un hombre pequeño, rechoncho, pesado.

El hombre que, en mi relato de la muerte de Karin Caine, se había cruzado conmigo a la salida del hotel Surfside, aquella trágica madrugada, con el cuerpo de Karin aplastado en las losas del sendero de los jardines...

Wilburn Farrell era él. El hombre que me persiguió hasta el automóvil. Y ahora, iba a ser mi nuevo vecino.

Podía ser casual. Pero esas casualidades nunca se dan.

De, modo que estaba bien seguro; no era casual...

Y entonces...

¿Qué iba a suceder?

* * *

Llamé dos veces a Sharon a su domicilio. El teléfono repitió, insistente, la llamada. Nadie respondió.

Probé a la redacción de su periódico, con idéntico resultado. Me informaron de que estaba ausente, trabajando en un reportaje. Se puso luego Bantam al aparato.

—Soy Martin Bantam —dijo—. ¿Eres Steve?

—Sí —afirmé, cauto—. Quería hablar con Sharon... —No está. Ni siquiera la he visto hoy. Yo acabo de llegar —me refirió—. He estado en el Surfside Hotel, atendiendo al asunto ese de la cantante que se cayó o fue arrojada desde el piso duodécimo del establecimiento.

—Oh, ya leí la noticia —dije, evasivo, más cauteloso que nunca—.

Sharon y yo tuvimos un equívoco y quería...

—Llama más tarde. Seguro que estará por aquí... Oye, Steve, ¿tú no eres un autor de novelas negras? Deberías haber estado en el hotel. Valía la pena...

—¿De veras? Me gustan los crímenes solamente en las novelas. En la vida real, resulta todo demasiado sórdido... —me enjuagué el sudor de un manotazo—. Yo prefiero imaginar las cosas, no vivirlas como un reportero. Eso es cosa tuya, no mía, Martin.

—Bueno, allá tú —dudó él—. Pero a veces, los crímenes en la vida real tienen un algo diferente, un algo diferente que te asombra, por lo irreal... Como si hubiera sido producto de una mente llena de imaginación, de fantasía...

—¿De veras? —dudé.

—Sin duda. Por ejemplo, ahí tienes el asesinato de Howard Young —dijo.

—¿De quién? —pegué un respingo.

—Oh, bueno, tú no puedes entenderlo —rió—. Es un hombre que se hacía llamar para todos los efectos, Clark R. Smitthers. Era mentira. Un falso nombre. El suyo verdadero era diferente: Howard Young. Nacido en Chelsea, hace cuarenta y ocho años... Con antecedentes policiales. Sus huellas no han podido ser compaginadas. Tenía las manos putrefactas, por culpa de la acción del agua de su piscina, durante días y días... Pero ha sido identificado por un montón de cosas.

—¿Qué... qué tiene eso que ver con... con lo del Surfside? —estaba sudando copiosamente de nuevo, y ni siquiera pensé en enjugar el sudor.

—Puede que mucho —rió la voz del periodista a través del teléfono—. Se han hallado las mismas puntas de cigarrillo en el apartamento de Caine y en el *bungalow* de Howard

Young. El mismo visitante estuvo en ambos lugares, de eso está seguro el teniente Dillman. Lo importante es saber quién fue ese visitante. Puma cigarrillos de boquilla blanca, con una franja dorada...

Horrorizado, miré mi propio cigarrillo. Lo tiré, aplasté la punta con aquella boquilla blanca, de franja dorada. El sudor goteó, resbalando sobre mi nariz y boca, hasta el propio teléfono. Tomé aliento; falta me hacía.

—Vaya... —susurré—. Puede... puede ser una buena pista...

—Lo es, no hay duda. Solamente hay tres marcas de cigarrillos nacionales que lleven esa boquilla, pero los laboratorios analizan ahora

el cartón, el tinte, el papel, la hebra del tabaco... Todo eso nos indicará qué marca fuma ese misterioso personaje. No es muy común, y se vende en latas de cincuenta cigarrillos, importada de Inglaterra, con hebra egipcia, aunque bajo marca nacional. Esperan conseguir algo sobre ese punto... Además, es muy posible que exista una relación entre Young, y la cantante del Surfside. Si es así... Dillman confía en hallar alguna pista concreta, precisa...

—Una pista... hacia un asesino.

—Eso es. Un asesino que mató ya de dos formas diferentes: a tiros de pistola, y empujando tal vez a la chica desde la terraza de su apartamento. En ambos casos, el culpable no despertó sospechas. Era conocido, por la razón que sea, de sus dos víctimas. ¿Sigues pensando que la realidad es inferior a la imaginación creadora del novelista?

—No —musité—. A veces, puede ser casi lo mismo...

Nos despedimos. Colgué. Me sentía nervioso, irritable. Miré mi caja de cigarrillos importados. Ingleses, con marca americana, con hebra egipcia... Con boquilla blanca y oro... La pista que poseía ya el teniente Dillman, de Tallahassee.

Tomé la caja, con su contenido. Fui al cobertizo anexo al *bungalow*. Metí en el rincón más difícil, bajo un montón de cajas y adminículos, aquella evidencia terrible. Vacíe el cenicero en el servicio, y encontré un paquete de cigarrillos de marca habitual, que metí en mi bolsillo, dispuesto a no pensar más en aquella marca que podía delatarme antes de tiempo. Ahora, más que nunca, desesperadamente, necesitaba de tiempo. Tiempo para hacerlo todo, para terminar aquello que debía terminar...

Regresé al *living*. Muy a tiempo. El sol entraba, esplendoroso, por la puerta-balcón. Y no era solamente el sol. Ni el aroma fresco y jugoso del jardín, ni el aire con brisa de mar...

Algo más había entrado allí. Alguien más.

Un hombre alto, esbelto, de anchos hombros, de americana gris perla, de corbata azul, de aire apacible y calmoso, de escudriñadores ojos verdes. Estaba erguido en la terraza, apoyado en el quicio de la entrada, indolente, con un gesto amable y como de disculpa en su rostro enjuto.

—Buenas tardes —saludó—. Disculpe si le molesto, señor Corman. Soy Ralph Dillman, teniente de Homicidios... Quería verle a usted.

Nos quedamos contemplándonos mutuamente.

No hubiera sabido qué decir. Por eso no dije nada. El tampoco, pero sin duda por muy diferentes razones. Me estaba estudiando, pensativo, intentando penetrar acaso hasta el fondo de mí mismo.

Dillman era un policía inteligente. Eso resultaba obvio. Tampoco era vulgar ni tosco de aspecto o de modales. De no haber dicho quién era, tal vez no lo hubiese imaginado.

Me costó trabajo dominarme. Pero lo hice. Era vital, imprescindible. Se trataba ahora de mi vida, de mi seguridad personal, de mi destino tal vez. Si era preciso engañar a alguien, ese alguien era él.

—¿Un policía? —pregunté con una sonrisa cordial. Le tendí la mano—. Es toda una sorpresa.

—Lo imagino, señor Corman —él estrechó la mano que yo le tendía.

—Pase, por favor —le invité—. ¿Dijo... Homicidios? —Eso es. De la capital, Tallahassee. Habrá leído últimamente los periódicos...

—¿Se refiere a los dos sucesos recientes? —señalé los diarios que Sharon, estuviera revisando antes—. Supongo que todos los hemos leído.

—Sí, son el comentario del día —sonrió, irónico—. La gente que se divierte en Miami Beach, no gusta de ver cosas así, mezcladas en su vida de placer o de descanso.

—Seguro que no. A mí no me preocupa tanto. No estoy aquí descansando, sino trabajando, teniente. Soy escritor.

—Lo sé. Por eso he venido a verle. Martin Bantam me habló de usted...

—Oh, es eso... —hubiera respirado con alivio, pero quizá resultaría sospechoso, y opté por reflejar solamente cierta curiosidad—. Martin es un buen amigo.

—Así me lo dijo. Pensé entonces en venir a visitarle. —Bueno, no puede decirse que sea una persona capaz de ayudarle, teniente. Yo nada entiendo de lo que sucede. Escribo temas de intriga, pero una cosa es la novela... y otra la vida real. Ahí, es usted el experto, no yo.

—No busco expertos, sino personas que puedan colaborar conmigo —sonrió él teniente, sentándose donde yo le indiqué, frente a la puerta balcón llena de sol y luminosidad—. Testigos, sobre todo.

Testigos...

Dominé con dificultad un estremecimiento. Recordé a mi nuevo vecino del día siguiente, Wilburn Farrell. Él era testigo de algo: de mi salida del Surfside Hotel, la noche en que Karin murió...

—¿Testigos? —repetí—. Temo no ser nada de eso tampoco, teniente.

—Bueno, sería demasiada fortuna hallar un testigo presencial de un asesinato —se echó a reír él—. No, no aspiro a tanto. Pero en una comunidad relativamente reducida, como todos ustedes, los que habitan estos *bungalows*, lo cierto es que todos pueden ser testigos casuales de sucesos, de incidentes de apariencia trivial, a los que en principio no se da importancia, y que luego pueden tenerla, y mucha.

—Le entiendo —sacudí negativamente la cabeza—. Me gustaría ayudarle, pero...

—Bueno, al menos lo intentaremos en alguna ocasión —sonrió afablemente—. Si recuerda algo, ya me lo dirá. Si conoce a alguien mezclando en todo esto, ya me avisará. De momento, a partir de mañana, va usted a serme útil en algo.

—¿Yo? —dudé, puesto en guardia, sin fiarme en absoluto de él.

—Eso es; usted. Y desde aquí, Corman.

—Temo no entender nada...

—Está muy claro. Va a tener usted un vecino importante para mí.

Eso sí me sobresaltó, aunque pude disimularlo. El vecino...

—¿Farrell? —pregunté.

—Eso es —me miró, sorprendido—. ¿Cómo lo sabe?

—La señora Pearson me habló de él. Un ex jugador de béisbol. Mañana ocupará el *bungalow* vecino.

—Exacto. Ha sido cosa mía.

—¿Suya? —mi perplejidad, y también mi recelo, iban en aumento.

—Eso es. Yo le elegí el *bungalow*, Corman.

—Pues aún lo entiendo menos...

—Lo entenderá enseguida. Ese hombre, Farrell, conocía a Karin Caine, la chica muerta en el hotel. Incluso fue visto allí anoche.

—Oh... —y no atiné a decir más, ni tenía fuerzas para ello.

—Así es, Corman. Estoy jugando un poco mis bazas. Tengo que hacer algo si quiero poner en claro lo que sucede en Miami Beach.

—¿Y cree que ese Farrell pudo tener algo que ver?

—No estoy seguro de nada todavía, pero... pudiera ser.

—¿Y qué puedo hacer yo, en tal caso?

—Es posible que un hombre habituado a planear crímenes... para sus libros, como hace usted —sonrió—, sepa también vigilar a un sospechoso, tomar datos, observar cualquier circunstancia...

—Temo defraudarle en ese sentido —suspíré—. No creo que sea un

buen aficionado como detective.

—Al menos, lo intentaremos. He hablado con la Inmobiliaria Acme. La señora Pearson me ha facilitado las cosas, proporcionándole a Farrell ese *bungalow*. Lo demás, depende de usted.

—Ya —me froté el mentón. No acababa de gustarme aquello. Había muchas cosas que no me gustaban, esta es la verdad. Y el hecho de que Dillman me escogiera a mí, sin conocerme salvo a través de Bantam, como una especie de colaborador suyo, no me parecía demasiado claro.

¿Estaba iniciando el teniente de homicidios un juego como el del gato con el ratón? La idea se me ocurrió, y no me hizo ninguna gracia.

—Espero que esa petición mía no le ocasione molestias —dijo Dillman—. No quisiera complicarle la vida. Usted tiene su trabajo y...

—No se preocupe. Haré lo que pueda.

—Gracias —el oficial de policía contempló la estancia, mirando en torno curiosamente. Luego, me miró a mí y su tono se hizo trivial—: Supongo que estará trabajando en alguna nueva obra...

—Sí —dije, demasiado presuroso. Y me apresuré también a añadir —: Al menos, preparo ya el original. Apuntes, bocetos, ideas, personajes... Ya sabe. Se han de dejar todos los cabos sueltos, antes de iniciar la acción de la novela.

—Comprendo —sonrió Dillman. Luego, añadió, como al azar—: Es posible que estos sucesos puedan servirle de inspiración. Eso, cuanto menos, le compensaría de las posibles molestias que mi petición le ocasione, Corman.

—Lo dudo, pero siempre puede ocurrir —admití, algo escéptico mi tono.

—Me gustará leer lo que escriba seguidamente —dijo, incorporándose. Se tocó los bolsillos, como buscando algo—. Oh, qué torpe soy... Olvidé comprar cigarrillos.

—Yo tengo —dije. Extraje el paquete y le tendí el cigarrillo que precisaba. Lo prendí, y él fumó como si no concediera el menor interés a la boquilla del cigarrillo. Pero yo sabía que no era así. Incluso su pretexto de no llevar tabaco encima, era eso: un pretexto. Me puse en guardia. Ahora más que nunca.

—Gracias, Corman —fumó con naturalidad, y luego me tendió la mano—. Cuando Farrell esté cerca de usted, volveré por aquí o le llamaré por teléfono. Ya nos pondremos de acuerdo respecto al plan de batalla.

—Conforme. Le estaré esperando.

Se alejó. Le vi perderse bajo el sol radiante del día. Me senté despacio. Profundamente intranquilo.

—No me gusta esto —murmuré entre dientes, hablando conmigo mismo—. No me gusta... y no sé por qué...

Capítulo IV

—LO siento, Corman. No he visto a Sharon. Creo que está trabajando en algo, un reportaje sobre modas femeninas y las futuras eliminatorias para la elección de miss Caribe. Ya sabes; cosas de ésas. Es lo que gusta a las mujeres que leen sus chismorreos.

—Sí, ya sé —mordí el labio inferior, decepcionado. Mis ojos se fijaron en las fotografías que reposaban sobre la mesa de redacción de Martin Bantam. Me estremecí.

Bantam alzó la cabeza, sorprendiendo mi mirada. Tomó las brillantes cartulinas, húmedas aún.

—¿Te interesa el crimen del Surfside, Corman? —indagó.

—Bueno, los crímenes siempre me interesan —dije—. Pero sólo los que yo imagino en mis libros.

—Este no es imaginado, por desgracia —golpeó la fotografía, donde pude ver, con mudo y disimulado horror, el cuerpo de Karin, aplastado contra las baldosas de piedra del jardín, sobre un charco de sangre. Había caído de cabeza, un poco de costado. El resultado era horrible. Bantam comentó—: Pobre chica...

—Has dicho "crimen" —le advertí—. Yo he leído los diarios, y habla de posible suicidio o accidente...

—No. Fue un crimen.

—¿Está probado ya eso? —me inquieté.

—No hace falta. Tengo olfato para estas cosas —suspiró—. Y sabes. La profesión enseña, da experiencia, intuición...

—Sí, supongo que sí. La policía, ¿qué piensa?

—No dicen nada oficialmente. Pero Dillman es listo. Creo que piensa como yo.

—¿Hay sospechosos, se supone algún motivo para eso? —indagué.

—Los motivos siguen oscuros. Pero Karin Caine era una mujer hermosa, de vida algo turbulenta... Esa clase de chicas encuentran a veces un final violento y feo. Como en tus novelas, Corman.

—Sí, es posible. Empiezo a creer que las novelas y la realidad no son tan diferentes... —me encogí de hombros—. Bien, Martin. Me voy. Ya veré luego si encuentro a Sharon.

—Ella nunca tiene hora fija. A veces no la veo en una semana entera. Si la veo, le diré que la buscas...

—No, no le digas nada. Gracias, Martin. Hasta luego.

—Adiós, Steve.

Se quedó trabajando en la redacción, con sus siniestras fotografías y sus datos sobre los dos crímenes. Las cosas estaban empeorando rápidamente para mí. Buceando en su pasado, tal vez Dillman diese con el eslabón que unía la cadena. Y si relacionaba a Howard con Karin, aparecería el nombre de Brian Barnes... y todo lo demás.

No, no me gustaba la marcha de los acontecimientos. En absoluto.

Pero yo no podía torcer su curso. Ni hacer nada por evitarlo. Mi mente era todo confusión, incertidumbre, casi terror incluso... Empezaba a perder la serenidad, el control de mí mismo.

Y eso era peligroso. Muy peligroso.

Un asesino, nunca puede perder el dominio de sus nervios, la frialdad de su mente. Y menos, un extraño asesino, como yo, Brian Barnes...

Un hombre que fluctuaba entre la realidad y la ficción, que parecía andar sobre un fantástico filo rodeado de tinieblas, prestas a engullirme.

Pensé en la novela. En los dos primeros capítulos. En el relato de mis crímenes...

—Tengo que empezar el tercer capítulo —me dije—. Esta misma noche. Antes de que Wilburn Farrell venga a mi *bungalow* vecino... Tengo que tachar el tercer nombre en la lista... y ver luego qué sucede...

Con esa idea, subí a mi automóvil. Empecé el regreso a casa, desde la redacción del *News*.

Estaba a mitad de camino, cuando vi tras de mí el coche rojo oscuro. No le presté mucha atención entonces.

Unos momentos más tarde, sí. Empecé a preocuparme por el coche rojo. Seguía tras de mí. Sin separarse ni aproximarse más. A igual distancia siempre.

Sentí palpar con fuerza mi corazón. Las sienes me latieron.

—La policía... —musité—. Deben ser ellos...

No parecía ser un coche policial, pero acaso Dillman disimulaba sus intenciones.

Me detuve en el cruce con Palm Way. Aparqué, dirigiéndome a adquirir un diario en el puesto más próximo. Con el rabillo del ojo, estudié al coche rojo.

Estaba seguro de que aparcaría tras de mí.

Me equivoqué rotundamente.

De súbito, el automóvil arrancó con mayor velocidad. Saltó a la acera. Y luego, se precipitó contra mí.

* * *

De no haberlo advertido a tiempo, hubiera sido hombre muerto.

La velocidad y rumbo del coche, me hubiera arrollado, precipitándome bajo sus ruedas y destrozándome brutalmente. Pero al verle saltar la acera, como un salvaje potro de metal, rugiente y mortífero, salvé mi vida.

Me precipité a la desesperada, en una zambullida vertiginosa, sobre el puesto de periódicos y cigarrillos. Derribé magazines, libros, cartones de tabaco y cuanto hallé a mi paso. Rodé luego, entre dos palmeras, y los guardabarros del automóvil rojo me rozaron, desgarrando mi americana, tal era su violencia al precipitarse sobre mí.

—¡Cuidado, casi le matan! —chilló el mozo del puesto de periódicos, con expresión de vivo terror.

Me quedé tendido en tierra, aturdido aún viéndole desaparecer con violento giro en la curva, sin reducir para nada su velocidad ni pensar siquiera en detenerse a comprobar lo sucedido.

Yo no me sorprendí demasiado por eso. Lo imaginaba ya así. De haber sido un accidente o una imprudencia, todo hubiera sido distinto. Pero desde que le vi saltar la acera, con su morro enfilado hacia mí, sabía lo que estaba sucediendo.

Su intención era arrollarme. Había intentado asesinarme.

Lamenté no haber advertido quién era el conductor del vehículo rojo. Pero, estaba seguro de que, borrosamente, era una figura masculina, bastante ancha, la que se agazapaba sobre el volante, al seguirme durante el trayecto. De su rostro, no tenía ni la menor idea.

—¿Se encuentra bien, señor?

Miré al vendedor de periódicos. Otros curiosos acudían a la carrera, y un agente de uniforme hizo sonar su silbato estérilmente, mientras se acercaba a mí. El coche rojo estaba ya lejos. Ni se veía rastro de él.

—Creo que mi cuerpo está bien —dijo con aspereza, sacudiendo el polvo de mis ropas al incorporarme—. Bastante mejor, cuanto menos, que mi chaqueta.

—Pudo haberle matado, señor.

—Claro que pudo. Fue un milagro escabullirse.

—Hace falta estar loco para perder así el control de un volante, y escapar luego, en vez de afrontar responsabilidades...

No quise sacarle de su error. Era mejor que creyera en lo accidental de lo ocurrido. Eso me evitaría problemas con la policía. El agente de uniforme estaba ya a mi lado.

—¿Le conducimos al hospital, señor? —se interesó.

—No, no —negué—. Ni siquiera me tocó. Sólo rozó mis ropas.

—Ya se ve, señor —el policía frunció el ceño—. Ese tipo era un loco o un asesino...

—Lo probable es lo primero —reí—. No creo que nadie pretendiese matarme.

—¿Pudo ver la matrícula del coche?

—No, y lo siento —dije—. Gracias por todo, agente. Ya pasó lo peor...

—Si quiere formular alguna denuncia...

—No serviría de nada, puesto que ignoramos quién era el tipo, agente. Es mejor dejarlo así, y evitarse complicaciones.

No estaba muy convencido, pero terminé persuadiéndole, y me marché con el coche. Durante el camino no pude dejar de pensar en lo ocurrido.

Un intento de asesinato...

Y contra mí. Era como la fábula del cazador cazado. Habían intentado triturarme bajo las ruedas de un coche. El culpable y sus motivos, eran una incógnita profunda y oscura, que no acertaba a despejar.

El juego se tornaba un puro despropósito. Yo tenía motivos para desear la muerte de ciertas personas. Pero, ¿qué motivos tenían alguien, para desear, a su vez, mi muerte?

—Es para volverse loco —musité, desconcertado.

Y cuando me detuve frente a mi *bungalow*, estaba pensando en otra

cosa; en la tercera víctima...

En el tercer nombre de la lista. En otro hombre sentenciado a morir por Brian Barnes.

Un hombre llamado Duke Brady. Un hombre rico, deportista... y sin conciencia ni escrúpulos. Un hombre que merecía morir.

Un hombre que iba a morir. Ahora. Esta misma noche allí.

* * *

Duke Brady.

Era él. A pesar de sus casi cuarenta años, el mismo de siempre.

Alto, atlético, fuerte, elástico, juvenil. Con arrogancia, con su cabello en desorden muy estudiado, con su mechón o lunar blanco que hacía furor entre las *teenagers*...

Duke Brady, siempre en forma. Un atleta perfecto. Formidable nadador, submarinista, especialista en el peligroso deporte del surf... Con su fortuna, con su aire de *play boy* de altas esferas...

Duke Brandy, en su propia salsa, como era fácil encontrarle entrenando en el Club Náutico, o practicando pesca submarina, o haciendo algo parecido.

Se quedó mirándome con curiosidad. Asintió luego.

—Sí —dijo—. Creo conocerle, amigo. Su cara me resulta familiar... y no sé por qué.

—No es difícil recordarme —sonreí.

—No soy muy buen fisonomista —confesó—. ¿Va a decirme de qué nos conocemos, amigo?

—Claro. Se lo diré ahora mismo —dije risueño, ajustándome el traje de goma color azul, y empezando a encajar las aletas de mis pies. Luego, tomé los depósitos amarillos, de oxígeno, para aplicarlos a la espalda.

Junto a mí quedaban las gafas de inmersión y el rifle de pesca submarina.

Duke ya estaba ataviado, con su vistoso traje de inmersión color naranja fuerte. Se limitó a esgrimir el fusil submarino, con mano diestra, contemplándome curioso.

—¿También le gusta sumergirse de noche en las aguas iluminadas? —preguntó.

—Sí —admití—. Es fascinante ver el fondo con esas luces.

—No creo conocerle de aquí. Pero tiene que ser socio para poder

practicar deporte náutico en este club.

—Soy socio. Sólo que vengo con poca frecuencia por aquí.

—Ya entiendo —suspiró—. Bien, ¿cuál es su nombre, entonces?

—Steve Corman —dijo con indiferencia.

—¿Corman? No me suena mucho...

—Será porque no lee novelas policíacas, de asesinatos, violencia, sangre...

—Detesto la violencia —rechazó—. Y también esa clase de literatura, no se ofenda.

—No me ofendo —sonreí—. Trabajo en esa especialidad hace poco. Un año, para ser exactos.

—Oh, ¿y qué hacía antes?

Caminamos desde los vestuarios del embarcadero privado del Club Náutico, hacia la zona de mar acotada, con iluminación submarina, para practicar deportes de inmersión durante la noche. Las aguas tenían así una luminosidad verdosa, fosforescente, realmente bellísima, en contraste con la oscuridad de mar adentro, y eran visibles las blancas piedrecitas del fondo, las algas y cuanto constituía un motivo decorativo de la profundidad marina, reservada a los socios del lujoso Club Náutico de Miami Beach. —Antes de escribir sobre crímenes... viví años en prisión —dije.

—¿Prisión? —frunció el ceño para mirarme, y luego rió—. Bromea, ¿no?

—No, no bromeo —suspiré—. Es la verdad.

—¿Recluido en... en una prisión? —pareció escandalizado.

—Eso es.

—Diablo, extraña cosa. Usted parece hombre de posición, es socio de este club... No lo entiendo.

—Ahora, sí tengo posición. Y dinero. Tuve suerte con las carreras. Aposté y gané trescientos mil dólares.

—Es una buena suma —se mostró ahora algo frío.

—Claro que lo es. Me compensó de algunas cosas, pero no de todas. Nadie puede devolverme ya esos años perdidos en prisión. Ni millones y millones lo lograrían.

—Pero está libre y tiene dinero. Escribe novelas... No puede quejarse.

—No me quejo del presente, sino del pasado —habíamos llegado al borde del agua luminosa. Él se sentó, disponiéndose a la inmersión en

aquella especie de viviente escenario acuático, dispuesto para millonarios caprichosos—. Me quejo de haber pagado por algo de lo que era inocente. Y por haber perdido, al mismo tiempo, algo que era mío: ciento cincuenta mil dólares.

—Su pasado parece fascinante, pero los infortunios humanos me aburren —bostezó, con mueca irónica—. Perdone si no le escucho más. Voy a sumergirme. ¿Usted no?

—Sí —dije, cuando ya él iniciaba su zambullida. Y añadí—: Ah, mi nombre verdadero no es Steve Corman... sino Brian Barnes...

El me escuchó, antes de hundirme en el agua, justo cuando su cuerpo envuelto en goma naranja se sumergía.

Vi sus ojos atónitos, repentinamente dilatados, a través de sus gafas de inmersión, antes de hundirse en el coto de deportes submarinos. Fijos en mí, sin creer lo que habían oído.

Yo salté tras él. Me sumergí en pos suyo. Ambos con nuestros fusiles de pesca subacuática.

Duke Brady giró sobre sí mismo en el fondo luminoso de las aguas. Apuntó hacia mí con su fusil. Y disparó.

* * *

Mi maniobra, rápida y oportuna, evitó el impacto. Vi zumbar por entre las aguas, con un siseo silencioso de burbujas, el dardo que igual podía perforar a un pez, a un escualo que a un hombre. El proyectil submarino, se perdió a mis espaldas.

Furioso, dándose cuenta del peligro que corría ahora allá abajo, a solas conmigo en las aguas iluminadas, solos ambos en aquel recinto privado, sin testigos de nuestro encuentro, Duke Brady desenfundó su cuchillo de la funda de goma. Se precipitó sobre mí, entre oleadas de burbujas, dispuesto a cortar el tubo de respiración de mi depósito de oxígeno, para provocarme el aturdimiento de la asfixia, sin duda alguna, y rematarme luego.

No podía reprochárselo. Estaba luchando por su vida. Sabía que yo era Brian Barnes. Y él sabía lo que podía esperar de Brian Barnes. Siempre lo había sabido, y más ahora, si tenía noticia alguna sobre la trágica muerte de Howard Young, de Karin Caine...

Él sabía que yo estaba allí para matarle.

Y pretendía, en justa reciprocidad, matarme él a mí.

Además, Duke Brady no sentiría demasiados escrúpulos en matarme

a mí, o a otra persona cualquiera, con tal de salvar su pellejo.

Le dejé maniobrar cerca de mí, eludiendo el golpe de cuchillo con un veloz giro sobre mí mismo, y un deslizamiento rápido hacia el fondo. Luego, allí, me volví bruscamente hacia él.

Le apunté con mi fusil de pesca submarina. El, veloz, al advertir el movimiento de mi dedo sobre el gatillo del arma subacuática, dio una voltereta y se alejó.

Sonreí bajo mi máscara. Yo había esperado algo así. Por eso sólo moví el dedo. Y no disparé.

Lo hice después. Cuando él se revolvía, para contemplarme triunfante. Vi en su rostro la petrificada expresión de horror, su imposibilidad de reaccionar ahora a tiempo.

Y cuando oprimí el gatillo, el arpón centelleó hacia él, entre burbujas.

Se clavó en su cuello. El agua en torno suyo, se oscureció, súbitamente, teñida de rojo intenso.

Con una crispación postrera de horror y de angustia, se fue al fondo, entre luz verde, burbujas, peces asustados, algas bailoteantes y escenografía digna de un espectáculo arrevistado, confeccionado para Esther Williams.

Pero el espectáculo de un hombre herido de muerte, aferrando con manos crispadas su garganta perforada, sangrante, volteando como un grotesco pelele, hacia el fondo de las aguas, no tenía nada de musical ni divertido, a pesar del ambiente en technicolor.

Me precipité con rapidez hacia la superficie. Dejé abajo, agonizando en las profundidades, a Duke Brady.

A la tercera víctima. A uno de los seis personajes que habían hecho de Brian Barnes un asesino. Y de mi pasado, una pesadilla de cautiverio, ruina y amargura...

Cuando salí de las aguas luminiscentes, no había nadie en derredor. Me despojé de mis ropas de inmersión. Me vestí rápidamente. Salí por el mismo punto que había utilizado para llegar hasta Duke, en el coto luminoso de inmersión: los desiertos embarcaderos de canoas a motor y yates privados.

Después, di un rodeo por la parte posterior del tinglado reservado a la reparación de embarcaciones de socios, y salí, tranquilamente, al bar del club tan calmoso como si saliera en ese momento de los servicios de aseo, a través de los cuales había ido al lugar predilecto donde muchas noches Brady practicaba su afición preferida.

No había sino dos camareros en el bar, y una pareja de avanzada edad en una mesa. Salí tranquilo al exterior. Me alejé.

Era cierto. Soy socio del Club Náutico. Pero no esperaba que nadie recordase mi presencia allí esa noche. Después de todo, soy poco conocido, y menos por el personal nocturno.

Además, nadie iba desde el bar al embarcadero por aquel punto escogido por mí. Ni siquiera pensarían en ello.

El automóvil lo había dejado aparcado a bastante distancia, para que nadie lo viese frente al club. Lo alcancé, subí a él, lo puse en marcha, de regreso a casa...

Eran las once y media de la noche.

Entre las aguas luminosas del lugar de recreo, flotaba en ese momento el cadáver de un hombre, enfundado en goma color naranja. Muerto con un fusil de pesca subacuática.

Todo había terminado para Duke Brady.

Ya podía tachar su nombre de mi lista...

INTERLUDIO EN TERCERA PERSONA

CAPÍTULO PRIMERO

—**E**L tercero de la lista.

—¿Qué? —saludó, con sorpresa, Martin Bantam.

—Lo que he dicho: el tercero —suspiró Ralph Dillman, de la División de Homicidios de Tallahassee.

—No le entiendo, teniente. Es el tercer crimen en pocas fechas, pero usted ha dicho... ha dicho... "el tercero de la lista".

—Sí. Eso dije.

—¿Qué lista? —se intrigó el joven reportero del *News*.

—Yo me entiendo —refunfuñó entre dientes el oficial de Homicidios—. Son tres asesinatos ya, Bantam.

—Sí, lo sé. Ya lo dije antes; Howard Young, Karin Caine, Duke Brady... Pero eso sólo significa, en apariencia, que hay una epidemia de crímenes en Miami Beach.

—Una epidemia... o una serie. Quiero decir... una serie que se relaciona entre sí.

—¿Quiere decir que... el mismo criminal cometió los tres homicidios?

—Sí —admitió francamente Dillman—. Eso quiero decir.

Bantam no hizo comentario alguno. El joven reportero del *News*, especializado en crónicas negras, mostraba su gesto de curiosidad y sorpresa, pero eso era todo. Contempló el fondo de las aguas iluminadas, el cadáver ensangrentado del hombre vestido con traje de inmersión color naranja. Luego, hizo un gesto de perplejidad.

—Fue una muerte brutal —señaló—. Atravesado con un arpón de pesca submarina. Como si fuese un pez.

—Con ese fusil, exactamente —añadió el teniente, señalando un arma junto al agua—. Su asesino se sumergió también. Está ahí otro traje de goma azul, unos depósitos de oxígeno, unas aletas, unas gafas...

Y el fusil, claro.

—¿Por qué sabe que fue, precisamente, con ese arma?

—La víctima tenía otra, que fue disparada. Ese fusil está mojado. Y el guante de goma azul se desgarró, dejando un jirón junto al gatillo. Eso resulta muy claro, Bantam. No hubo sino dos armas en liza. Una falló.

La otra no.

—Bien, acepto eso —dijo Bantam—. Pero el único culpable para todos los asesinos... Eso no está claro, ¿no cree?

—No, no tan claro. Primero, fue una corazonada. Luego, hubo algo más.

—¿Qué?

—Una evidencia.

—Una evidencia... —reflexionó Bantam, frotándose el mentón—. ¿Qué evidencia, teniente?

—El motivo.

—¿Motivo? —dudó el periodista.

—Sí. El móvil del crimen, amigo mío.

Esta vez, Martin Bantam reveló con claridad su descontento. Se inclinó hacia Dillman.

—¿Usted... conoce el móvil? —musitó.

—Lo conozco —afirmó el teniente, con tono plácido—. Cielos, eso es importante. ¿Cuál es?

—Resultaría largo de referir —suspiró el policía—. Martin, no sólo conozco el móvil... sino el nombre del culpable.

—Oh, no... —jadeó Bantam, estupefacto—. Está burlándose de mí, teniente.

—Yo nunca me burlo en cosas así, amigo mío. Dije la verdad.

—Bien... ¿Quién es ese culpable?

—Deberá prometerme no publicar nada, no decir nada a nadie, no revelar detalle alguno a ninguna persona, por mucha que sea su confianza con ella.

—Tiene mi palabra, teniente.

—Bien... En ese caso, le diré el nombre del asesino. —Que es...

—Barnes —musitó el teniente—. Brian Barnes...

—Brian Barnes...

—Eso dijo el teniente Dillman.

Steve Corman, antes Brian Barnes, paseó por la habitación, frente al amplio ventanal abierto al jardín en su lado opuesto al *living*. En la distancia, las gaviotas eran visibles, revoloteando sobre los arrecifes.

—De modo que todo terminó...

Caía la tarde afuera. El cielo tenía un color azul intenso, el aire olía a yodo, a salitre y a césped húmedo. En alguna parte, sonaba músicaailable, lenta.

—No lo sé, Steve. No sé si Dillman lo sabe todo.

—Parece saber lo suficiente, ¿no? —hubo sarcasmo en la voz de Steve Corman, el escritor del *bungalow* de Parkline Beach.

Sharon Talbot se encogió de hombros. Estaba levemente pálida, sus ojos brillaban a la luz del atardecer, con cierta tristeza o nostalgia.

—Si pudiera responderte a eso, Steve... —musitó—. Sólo sé lo que Martin me reveló en confidencia. Él sabe que los crímenes los cometió todos la misma persona. Y esa persona es Brian Barnes, según Dillman.

—Cielos... —susurró el escritor—. ¿Cómo pudo saberlo él?

—Dillman es muy listo.

—Sí, eso ya lo sé. No es ningún torpe.

Steve, eso significa... que estás perdido...

—No, todavía no...

—¿Te has vuelto loco? Sabe tu nombre, sabe los motivos de esos crímenes...

—Sabe un nombre. Pero no que Brian Barnes... sea yo. ¿O vas a revelárselo tú, Sharon?

—Brian, no soy una persona de esa clase. Nunca haría algo semejante...

—Está bien. Perdona —puso una mano en su brazo, y ella, instintivamente, se apartó de él con alguna brusquedad. Steve la miró dolido—. Sharon, no voy a hacerte daño alguno...

—Ya lo sé. No es eso, Steve. Tú... tú sabes lo que pienso sobre... sobre tú novela. En el terreno real, quiero decir.

—Ya —inclinó la cabeza Steve Corman—. El tercer asesinato tuvo lugar... anoche, ¿no es cierto?

—De madrugada, sí —afirmó ella—. Bien lo sabes. Era Duke Brady, un deportista millonario, un *play boy* del gran mundo... Tú... tú le conocías, ¿no?

—Claro —suspiré—. Le conocía muy bien. Desde hace años.

—Y él te conocía a ti. Mejor dicho, conocía a... a Brian Barnes.

—Sí —asintió él—. Conocía a Brian Barnes.

—Oh, Steve, es... es horrible —gimió Sharon, cubriendo el rostro con ambas manos crispadas. Sin separarlas, añadió, en un murmullo—: Imagino... imagino que habrás escrito... el tercer capítulo de tu novela...

—Aciertas —sonrió fríamente Steve Corman—. Escribí ese capítulo, Sharon.

—Lo sabía. Estaba segura... —separó las manos de la faz. El llanto, despacio, corría por sus mejillas. Estaba muy pálida—. ¿Por qué, Steve? ¿Por qué?

—Es difícil de explicar —sonrió él—. Y no lo creerías. Nunca ibas a creer en mis palabras, Sharon. Vale más callar.

—Steve, es horrible... matar a toda esa gente. Uno a uno. Hasta... hasta el último de tu lista...

—No conduciría a nada discutirlo —murmuró Corman.

—Yo te ayudaría, Steve. Yo haría lo que fuese por ti... si tú renunciaras a esa locura, a esa monstruosa venganza...

Su llanto iba en aumento, aunque silencioso, ahogado, como contenido. Steve, impulsivo, la tomó por ambas manos, la atrajo hacia sí, la apremió, ronca su voz:

—Tú... ¿tú harías eso, Sharon? ¿Lo harías por mí?

—¡Sí, sí! —gritó ella, patética—. Pero ese modo horrible de matar, de aniquilar vida tras vida...

—Me acusas, me censuras, te horrorizo... pero quisieras ayudarme —musitó Corman, sin desviar sus ojos de ella.

—¡Sí, sí! —afirmó ella, exaltada. Se dominó, respiró con fuerza, miró a Steve, y añadió con brusca decisión—: Steve, ¿vas... vas a dejarme leer el capítulo tercero de tu obra?

Dudó él unos momentos en silencio. Luego, fue a su mesa de trabajo. Sacó un llavero de su bolsillo. Eligió una llave, pequeña y plana.

—Sí —asintió—. Vas a leerlo, Sharon.

Abrió la gaveta. Extrajo nuevos folios mecanografiados. Los entregó, en silencio, a Sharon. Ella los tomó, casi asustada. Parecía como si no quisiera leerlos. Pero dominó sus escrúpulos o aprensiones. Y comenzó a leer.

—Dios mío... —susurró, muy pálida, leyendo—. Dios mío, Steve...

El la contemplaba, en silencio. Sin despegar los labios. Sin comentar nada. Mientras Sharon leía el tercer asesinato de Steve Corman.

O mejor dicho, el tercer asesinato de Brian Barnes.

Capítulo

II

—**E**S cierto —afirmó fríamente el teniente Ralph Dillman, de la División de Homicidios de Tallahassee—. Es el tercer asesinato de Brian Barnes.

El fiscal del distrito le estudió en silencio.

—Quisiera saber cómo llegó a esa deducción, teniente —confesó el acusador público de Miami.

—Sencillamente, he buscado los eslabones de una cadena. Una cadena que uniese a Howard Young, a Karin Caine, a Duke Brady...

—¿Los encontró?

—Los encontré, sí. Hecha la identificación del asesinado Howard Young, pese a su ausencia de huellas dactilares, me interesé por su pasado. Era inglés, un londinense nacido en Chelsea. Todo venía de Europa, evidentemente. El presunto asesino fumaba también cigarrillos de importación, más propios de un inglés que de un americano. Sobre esa premisa, inicié las pesquisas. Luego, ocurrió lo de Karin Caine, y resultó que la bella pelirroja del hotel Surfside, era americana... pero hija de ingleses. Y residió tiempo en Inglaterra. La cosa cobraba forma por momentos.

—¿Y después, teniente? —se interesó el fiscal.

—Después, supe algo más; el tal Young y Karin Caine se conocían mutuamente. Habían sido socios en un buen negocio fraudulento que les enriqueció. A ellos dos... y a cuatro personas más.

—¿Cuatro?

—Eso es; seis en total. El asunto empezaba a fascinarme. Era un viejo rompecabezas que iba cobrando forma lentamente. Las piezas se unían entre sí. Pedí datos a Inglaterra, a Scotland Yard, a Inmigración,

al FBI...

—Con resultado —sonrió el fiscal.

—Sí. Con resultado positivo, es cierto —el teniente Dillman consultó sus notas, en su agenda de tapas de piel marrón café—. Las seis personas eran dos mujeres y cuatro hombres: Karin Caine, cantante de origen inglés; Fay Edelman, pintora y escultora bohemia, de aficiones lesbianas... Por parte de ellos, Howard Young, Duke Brady, Wilburn Farrell, que fue jugador de béisbol en su juventud... y Seymour Lane, actor de televisión y de cine.

—¿Qué une a toda esa gente?

—Un negocio de drogas por valor de medio millón de dólares. Pero dólares de los de hace ocho años, que eran bastante más valiosos que los actuales, como toda moneda fuerte.

—Una fortuna...

—Una fortuna a repartir entre siete.

—¿Siete? Creí que eran solamente seis...

—No. Siete. Uno de ellos, cobraba más que nadie. Justo la mitad. Un cuarto de millón. Otro cuarto, para seis socios. A partes iguales. El séptimo miembro era el auténtico cerebro de la operación. Y el portador de la mercancía.

—¿Qué pasó con él?

—Le asesinaron. Con ayuda de un octavo personaje: Brian Barnes.

—¿El asesino del séptimo personaje?

—Eso hicieron creer ellos. Barnes, por lo menos, pagó las culpas de todo. Hay quien cree que era inocente, y le involucraron, haciendo que le hallara la policía americana junto al cadáver del traficante europeo de heroína y opio. De ese modo, salvaron el cuarto de millón para sí, puesto que la mercancía desapareció sin dejar rastro... y los ciento cincuenta mil dólares prometidos al joven aventurero Barnes, que disponía de embarcación adecuada y medios para ocultar la droga, si cooperaba con ellos, dejando fuera al séptimo miembro del clan, King Quarry, el hombre asesinado por alguien que nunca se supo a ciencia cierta quién pudo ser... pero cuya culpa se llevó, Barnes, una vez aprovechado para el plan. No pudo demostrar su inocencia. Y fue condenado a prisión por supuesto homicidio y tráfico de estupefacientes, en tanto los demás desaparecían de la circulación.

—¿Y el fin de la historia, teniente...?

—Aquel dinero de limpio beneficio en un sucio negocio, dio mucho dinero a todos ellos. Fue la base de su fortuna, en tanto Barnes se

podría en la cárcel.

El fiscal asintió en silencio, grave su expresión.

—Y ahora, Barnes ha vuelto... empezando a ajustar cuentas —dijo.

—Eso creo. Obtuve los datos del FBI, de Scotland Yard, de Narcóticos... Ese grupo formó una sociedad para protegerse mutuamente, una especie de empresa que exporta diversos negocios para turistas ricos, aquí en Florida. Barnes debe saberlo, y ha venido a arreglar las cosas a su modo.

—Bien, teniente, pero... ¿quién es Barnes? —quiso saber el fiscal del distrito—. ¿Usted lo sabe?

—Sí —afirmó apaciblemente el teniente Dillman—. Creo que sí lo sé...

* * *

—Es horrible...

Steve dejó de contemplar la pequeña llave plana, diminuta. Alzó sus ojos y miró a Sharon.

—Perdón —murmuró—. ¿Decías...?

—Oh, Steve, ¿cómo puedes tomarlo así, con esa naturalidad? —se horrorizó ella, tirando los folios, como si quemaran, encima de la mesa—. Son vidas humanas. Son seres a quienes se les ha quitado la vida violentamente.

—Sí, estoy conforme con eso —admitió el escritor.

—¿Lo aceptas así? ¿Con esa espantosa sencillez, Steve?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Es la pura verdad, Sharon.

—Hablas de ello como si no tuviera nada que ver contigo...

—¿Y si fuera así, Sharon?

—Me sentiría muy feliz. Pero tú sabes que no es así. Escribiste la muerte de Howard Young. Y ocurrió casi punto por punto, salvo el detalle de la piscina. Entonces aún pretendías disimular algo los hechos, es evidente. Luego...

—Luego... ¿qué...? —se interesó Steve, inclinándose hacia ella.

—Luego, tu audacia creció de grado. Te limitaste a contar la pura y escueta realidad, con estilo directo que produce escalofríos. Así, la muerte de Karin Caine, lanzada desde una terraza, en el piso decimosegundo del hotel... Y el crimen horrible en esas aguas iluminadas del Club Náutico, con un fusil de pesca submarina... Duke Brady aparece muerto de igual modo. Tú, ni siquiera te inmutas.

Refieres, con satánica complacencia, cada detalle de tus crímenes. Te recreas en ello, gozas con ese brutal sadismo... Y todo ocurre conforme tú lo relatas. Absolutamente todo, detalle a detalle... Aún recuerdo, con horror, que ni siquiera pensaste en guardar bajo llave ese original acusador y terrible...

—Ahora es diferente —dijo él con tono astuto y frío. Agitó la llavecita—. Esa gaveta estaba cerrada con llave.

—¿Qué puede importar eso? Yo lo estoy leyendo, Steve.

—Claro —suspiró él. Tiró la llave sobre la mesa, junto a las cuartillas—. Porque yo abrí ese cajón, Sharon.

—¿Qué tiene eso que ver ahora, Steve? —se intrigó ella aparentemente.

—Mucho —la voz ronca de Steve Corman sonaba rara—. Una vez, pude yo equivocarme, olvidarme de cerrar ese cajón... Pero ahora, no. Lo cierro. Lo compruebo minuciosamente. ¿Y qué ganó? Nada; o casi nada. Todo vuelve a suceder.

Sharon le miró, estupefacta, perpleja, sin lograr entender lo que él quería decir.

—Steve, tus palabras son enigmáticas... ¿A qué te refieres?

Se lo dijo:

—Sharon, tú... ¿tú me creerías si yo te dijera que... que soy inocente?

—Steve, ¿te has vuelto loco? —musitó.

—No. No me he vuelto loco. Estoy diciendo algo que puede ser verdad.

—No, no lo es... No puede serlo, Steve.

—Sí lo es, Sharon. Yo... soy inocente. Sé que te parecerá imposible, pero no fui yo quien mató a Karin Caine. Ni quien mató a Duke Brady...

Sharon le miró, asombrada, incrédula. No le creía, era evidente.

Y, sin embargo, Steve Corman estaba diciendo la verdad.

Toda la verdad, por increíble que resultara.

SEGUNDA PARTE
OTRA VEZ EN PRIMERA
PERSONA

CAPÍTULO PRIMERO

LA verdad.

Sí. Yo estaba diciendo la verdad. Y nadie podía creerla.

Nadie. Sharon menos que ninguna otra persona...

Se quedó mirándome largamente, como dudando de lo que había oído. En sus manos se estremecían las hojas, los folios mecanografiados. Mi tercer capítulo. Mi tercer crimen...

—Steve, estás mintiendo —dijo ella—. Esto habla por ti. Estas páginas, este escrito... Aquí refieres fielmente todo lo sucedido. Tal y como ocurrió. Es igual que una confesión.

—Una confesión... —sacudió la cabeza. Agite la llave, y añadí con voz fría—: Y una llave, Sharon.

—Ya has nombrado antes esa llave. ¿Qué tiene ella que ver en todo esto?

—No lo sé. Me dijiste que guardase con llave mi obra —me puse en pie, paseando con nerviosismo por la estancia—. Te obedecí. Utilicé otra llave. Una que no fuese la de ese cajón. Le cambié la llave. El resultado ha sido el mismo.

—Pero, ¿a qué te refieres, Steve?

—Mi obra. Es la clave, no hay duda.

—¿Qué clave?

—Lo he probado esta vez. Escribí intencionadamente ese tercer capítulo.

—Steve, ¿qué pretendes decirme? No voy a creer tus protestas de inocencia ahora.

—No pretendo que me creas. Pero eso es lo que está sucediendo, exactamente. Alguien más lee mi novela, capítulo a capítulo y repite cada crimen, tal y como yo lo cometería, de ser capaz de ello. ¿Entiendes ahora, Sharon?

—Pero tú... tú confesaste haber matado a Howard, a Karin...

—Maté a Howard —admití—. Y ahí terminó todo. Soy un asesino. Nunca lo negué. Creo, incluso, que deseo serlo. Pero no maté a nadie más. Sólo en esas páginas, en ese escrito... Y todo sucede conforme lo escrito. Ha habido momentos en que creí volverme loco. No puedo explicarlo a nadie. Y a ti menos que a los demás. Pero es la verdad. La única verdad, Sharon.

—Según eso... afirmas que hay otro asesino.

—Sí. Eso ocurre. No sé cómo ni por qué, pero hay otro asesino. Y lo más sorprendente de todo, es que ese asesino lee mi obra y actúa conforme yo lo hago, en primera persona, dentro de mi relato...

Sharon apoyó la frente en el vidrio de la puerta halcón, asomada a la noche húmeda del jardín. La oí hablar, con voz apagada:

—Arde mi piel, Steve —comentó—. Creo que tengo fiebre.

—Siento ser culpable de todo esto, Sharon. Por eso te buscaba ayer. Quería hablar contigo, cambiar impresiones, exponerte lo que ocurre, lo que sospechaba que estaba sucediéndome.

—Pero suena todo tan imposible... Incluso ahora, habiendo conocido la historia completa de Brian Barnes, ese viejo y oscuro asunto de las drogas del asesinato de King Quarry, el traficante de estupefacientes. No sé, resulta difícil de comprender, de aceptar, incluso. Steve, ¿quién puede conocer la existencia de tu novela, quien puede leerla, repetir detalle a detalle los crímenes que tú imaginas?

—Exacto. Crímenes que yo imagino. Eso es lo que sucede... Crímenes que no soy capaz de cometer por mí mismo. Y desahogo, quizá, mi odio, mi rencor, mis recuerdos, deseo de revancha, simplemente en páginas escritas. Soy un asesino de papel, ¿entendido? Un criminal en el mundo irreal de los sueños, de lo imaginado, de lo creado por mi propia mente.

—Es... es inverosímil, Steve.

—Hay muchas cosas inverosímiles en mi vida, Sharon —suspiré—. Muchas... y no todas tendrán lógica alguna vez.

—Y tú... te conformabas con matar de un modo imaginativo. Como una venganza puramente mental, íntima, imposible...

—Salvo en el caso de Howard... sí. Así fue.

—Howard... —ella me miró repentinamente, con una expresión de incertidumbre—. Supongo que ahí... sí estarás seguro de que... de que fuiste tú.

—No hay duda —suspiré—. Apreté el gatillo. Cuatro veces. Le maté.

Sin remordimiento alguno.

—¿Era él a quien más odiabas, Steve?

—Tal vez. Yo sé quién mató a King Quarry entonces. Fue él, Howard. Con la ayuda de Duke Brady. Ellos eran los peores. Cuando disparé mi arma, lo hice a conciencia. Era un modo de administrar justicia.

—Dios mío, Steve, ¿por qué así? Era mejor apelar a la ley.

—La ley... nunca les castigaría. No había evidencias. Se hicieron ricos, poderosos, influyentes. Aquello fue la base de su actual fortuna. Sólo el rufián de Quarry y yo perdimos. El, la vida. Yo, libertad, dignidad, dinero... Todo fue para ellos; el botín íntegro. No, Sharon. No había otro remedio. Yo lo sabía cuándo lo hice. No dudé. No valía la pena.

—Steve, ¿cómo sucedió todo?

—Igual que en mi relato —me encogí de hombros—. Tú has leído el inicio de la supuesta novela. Así fue todo.

—Pero... pero él estaba luego flotando en la piscina, lejos del gabinete.

—Sí, eso leí. Imagino que, de algún modo, alcanzó el exterior, malherido. No le dejé muerto, pudo salir, llegar a la piscina, caer en ella. Tuvo que ser de esa forma. No hay otra explicación, Sharon.

—No, Corman. No pudo suceder así. Howard Young murió en el acto. El informe del forense así lo especifica, sin lugar a dudas.

Sharon exhaló un gemido; pálido, me volví hacia donde sonaba la voz, fría y acusadora.

Era Ralph Dillman, teniente de Homicidios de Tallahassee. Estaba erguido en el umbral de la puerta balcón. Mirándome con expresión helada, imperturbable.

* * *

—De modo que usted lo sabía.

—Creo que siempre lo supe. O lo sospeché.

—¿Por qué, teniente?

—No sé. Instinto, corazonada, intuición profesional. Todo eso que le hace a uno ser policía.

—Por eso envió aquí cerca a Farrell. Sabía que era viejo conocido mío.

—No estaba seguro. Uno, en esta profesión, nunca puede estar

seguro de cosa alguna, Corman —suspiró el teniente Dillman—. Pero no me fue difícil saber que un tal Brian Barnes fue el culpable. Tenía el motivo, que era lo más importante. Cuando obtuve su descripción, comprendí que podía ser usted. Pedí datos de Steve Corman. Había pocas cosas de su pasado. Era demasiado corto éste. Como si fuese artificial. Una nueva vida, creada para un personaje con dinero... pero sin identidad real.

—No iba descaminado, teniente —suspiré—. Eso soy yo; un ser ficticio. Steve Corman jamás existió.

Nos miramos a los ojos. Fijamente. No dijo nada.

Estaba estudiándome. Yo a él también. Cuando habló, lo hizo con tono grave, preocupado:

—¿Va usted a confesar? —me preguntó.

—No —negué—. No voy a hacerlo.

—Sería lo mejor. No ganaría nada negándose a colaborar.

—Si tiene pruebas contra mí, no necesita que colabore, teniente —sonreí con frialdad.

—No las tengo. Y usted lo sabe.

—De todos modos, es cuestión de tiempo obtenerlas. Y no mucho tiempo. Esperaré hasta entonces.

—Es un error. Yo puedo ayudarle...

—No —dije—. No quiero ayudas. No pido nada ni espero nada.

—Usted mató a un hombre. Luego, a una mujer. Después, a otro hombre...

—Eso no es cierto teniente —protestó Sharon, poniéndose a mi favor—. El solamente...

—Deja —suspiré—. No trates de convencerle. Nunca lo lograrías, estoy seguro. —Steve, tengo que persuadirle de lo que realmente has hecho... y de lo que no has hecho —replicó Sharon.

—No vale la pena —sonreí—. La verdad es mucho más increíble que cualquier mentira. De todos modos, él ha dicho algo cierto: maté a un hombre.

—Lo confiesa —me replicó Dillman—. Y la señorita Talbot es testigo...

—No, teniente —replicó ella, inesperadamente—. Yo nunca podría ser testigo contra Steve. Lo siento.

—¿Aun siendo un asesino?

—Aun siendo un asesino —sostuvo con valentía.

—Está engañándose a sí misma. Comete un error. Todo el mundo está obligado de ser testigo. Puedo citarla, la obligarán a jurar. Si niega lo que ha oído, irá a presidio por perjurio.

—Existe una situación legal —replicó ella, con rapidez—. La esposa no puede declarar contra el esposo, si ella no quiere. Lo prohíbe la ley.

—Usted no es su esposa —sonrió Dillman.

—Lo sería, si es preciso —me miró con una decisión casi patética—. No me obligue a ello, teniente.

—Vaya... Le felicito, Corman. Eso es lealtad, amistad... o amor. ¿Usted, qué cree?

—No sé —miraba muy fijo a Sharon mientras le respondía—. No quiero creer nada. Sólo que Sharon es maravillosa. Gracias, Sharon...

—Es una discusión absurda —se irritó Dillman—. Ni ella ni nadie va a impedir que yo dé fin a este caso, Corman. Cuando entré aquí, usted estaba refiriéndose al asesinato de Howard Young, su primera víctima...

—Y usted dijo que, según el forense, él no pudo moverse hacia la piscina —objeté, seco.

—Es cierto —no desviaba sus ojos astutos de mí—. Young fue muerto al borde de la piscina misma. No pudo ser de otro modo. Dos de las balas le hirieron mortalmente. No hubiera podido dar ni un solo paso en aquellas condiciones.

—Pero él... él murió a alguna distancia de la piscina, en su gabinete —rechacé, perplejo.

—Quizá se confunde, comete algún error...

—Teniente ¿cree usted que me podría equivocar en algo así?

—No, no lo creo —frunció el ceño—. Pero no hay otra explicación posible. El gabinete está descartado por completo. Quizá discutieron allí usted... bueno, el asesino, amenazó a Young, él salió al exterior, fue alcanzado, herido de muerte entonces...

—¡No! —rugí—. Rotundamente, no. Ocurrió como le digo, teniente.

—Usted no tiene motivos para engañarme, lo admito —dijo él, risueño—. Pero algo anda mal. Hay un error en alguna parte...

—En mí, no —sostuve.

Se encogió de hombros. No hizo comentarios. Sus ojos brillaban, sin embargo, extrañamente.

—Dejemos eso —suspiró más tarde—. Es secundario. Usted debería venir conmigo, Corman. Y aceptar su destino.

—No acepto nada. No aún. Busque sus pruebas. Cuando las tenga,

me daré por vencido, no antes.

—Muy bien —se irguió, casi desafiante. Apretó los labios—. Acepto el reto. Pero le advierto que comete un error.

—Por uno más, no creo que las cosas se pongan peores —murmuré, hundiendo las manos en mis bolsillos. Caminé hacia la salida, con gesto sarcástico—. Supongo que ya sospechaba de mí cuando me vino con esa historia de Farrell como nuevo vecino mío. Usted sabía bien que yo conocía a Farrell.

—Si usted era Barnes, tenía que conocerle. Esperaba vigilarle, esperar a que se delatara por sí mismo, dando cualquier paso en falso...

—No le hizo falta. Ya tiene a su asesino, teniente. Tiene su convicción, sabe lo que ha sucedido. Con todo eso, la victoria no puede escapar de sus manos ya. En cuanto vuelva por aquí, será para apretar el nudo de la soga, en torno a mi cuello, ¿no es cierto?

Y airadamente, di media vuelta, dirigiéndome al exterior. Me alejé por el jardín, sin que Dillman pretendiera siquiera seguirme. En cambio, oí la voz de Sharon llamándome, y sus pasos presurosos sobre la grava chirriante del sendero del jardín.

—¡Steve, Steve, vuelve...! —suplicó—. No puedes quedarte solo... y tratar de luchar contra todos. Me necesitas, Steve. Me necesitas más que nunca...

Me detuve, ya en la cerca de mi *bungalow*, volviéndome a contemplarla. Ella llegó a mí, aferró mis brazos con fuerza, respirando entrecortadamente.

—Sharon, Dios sabe bien lo que te agradezco todo esto —musité—. Pero créeme, no valgo la pena. Sabes que soy un asesino, Un hombre duro, cruel y vengativo, quizá incluso demasiado cobarde para seguir matando, fuera de las páginas escritas de un libro...

—O demasiado humano para seguir matando como una máquina de odio, Steve —me objetó ella, rotunda—. Tienes que luchar, tienes que defenderte, tratar de saber quién pudo entrar en tu casa, leer tus páginas escritas, copiar literalmente los crímenes, posándolos a la propia realidad... Todo eso es lo que debes hacer. Cualquier cosa menos darte por vencido. Ni ante Dillman, ni ante nadie. Yo te ayudaré en cuanto precises, puedes estar bien seguro de ello...

—Lo sé —la miré—. Lo sé, Sharon. Soy indigno de ti, pero... tus palabras me llegan al alma. Creo que eres lo único realmente digno y hermoso que encontré en mi vida...

—Steve, vuelve. No dificultes más las cosas. Sincérate con el

teniente, ve a ganarte su ayuda, su cooperación...

—Sería inútil. Después de todo, sabe que soy culpable. Y eso le basta. Si maté a Young, maté a los demás. No renunciaré a esa convicción por nada del mundo, Sharon.

—Steve...

—Deja que vaya por ahí, que camine en la noche... Será mejor. Quiero encontrarme a solas conmigo mismo, tratar de ver algo claro, sea lo que sea...

Me solté de Sharon, tras dirigirle una mirada profunda y emotiva. Los ojos de ella brillaban de humedad, pero no dijo nada. Se limitó a verme partir, a perderme de vista en la noche.

Dejé atrás el *bungalow*. Y a Sharon en su puerta, y a Dillman dentro...

Apenas lo hube hecho, me tropecé con él. Estaba oculto entre los setos vecinos, y casi chocamos ambos. Se quedó mirándome, asustado. Yo le contemplé con ira.

—¡Maldito bastardo...! —mascullé con aspereza—. ¿Conque vigilándome, como un cochino espía, como un confidente al servicio de la policía...? De todo es capaz un tipo como Wilburn Farrell, ¿no es cierto? Primero rufián, contrabandista, ladrón y traidor... y ahora espionando a su viejo amigo Brian Barnes, ¿verdad?

Era Farrell, ciertamente. Asustado, pálido, con los ojos muy abiertos por el temor. Trató de justificarse, abyecto como siempre había sido:

—No, no, Brian, te equivocas... Yo no trabajo para ese polizone. El sólo me pidió que yo te vigilara, que cuidase de ti...

—¡Cuidar de mí...! —repetí con sarcasmo, mirándole despectivo—. Me das asco, Farrell. Asco y náuseas... Eres la clase de sucia rata que se presta a todo. No me extrañaría que hubieras lanzado tú contra mí un coche rojo, intentando matarme...

—¿Te... te has vuelto loco? —gimió—. Yo nunca haría nada así...

—No estoy yo tan seguro de ello, Wilburn. Seguro que dijiste al teniente Dillman que me viste salir del hotel Surfside la noche en que murió Karin, ¿no es cierto?

—No, no, yo nada, Brian, palabra... —gimoteó.

Mentía. Mentía como un bellaco. Dillman tuvo su primera pista a través de él. Así era Farrell. Así había sido siempre.

Le di un empujón violento, lanzándole contra los setos, donde se hundió con un grito. Yo me alejé, alameda abajo gritándole por encima del hombro:

—¡Y ten cuidado cerdo...! Ten cuidado, porque la próxima vez... ¡serás otra de mis víctimas...!

Y reí, con una agria carcajada, al imaginar su terror, al tiempo que me alejaba de él.

Capítulo

II

FAY EDELMAN secó sus manos, sucias de arcilla. Cambió una mirada pensativa con su visitante.

—¿Por qué has venido, Seimour? —quiso saber.

—Tenía que hacerlo —masculló el actor de cine y televisión, con gesto nervioso—. Empiezo a sentir miedo...

—¿Miedo? —rió ella, burlona—. ¿Tú?

—Te parecerá extraño, pero estoy asustado desde hace tiempo. Desde lo de Karin, seguido a lo de Howard... Sólo faltaba lo de Duke, para acabar de amedrentarme.

—¿Quién te amedrenta? —rió entre dientes Fay Edelman, con un encogimiento de hombros.

—¿Quién va a ser? El asesino...

—¿Brian Barnes?

—No puede ser otro. Todo coincide: Howard, Karin, Duke... Uno a uno. Va eliminando a todos... a todos los que le hicimos daño entonces.

Fay, muy serena, soltó una carcajada áspera, desafiante. Sacudió su rubia cabeza, con aire burlón.

—No deberías asustarte, sino alegrarte —dijo—. Después de todo, recuerda lo que nos reporta todo esto. Cuantos más mueran... tanto mejor.

—Mientras no seamos nosotros mismos, Pay... —gimió Seimour Lane, bien distante, en ese momento, de sus heroicos personajes, en los programas de la televisión.

—Descuida. Yo, no pienso ser su víctima —rechazó ella, altiva—. He tomado ya mis precauciones, por si él aparece aquí en busca mía. No va

a encontrarme indefensa ni desprevenida, de eso puedes estar seguro.

—Tú siempre has sido una mujer muy enérgica —musitó Lane. Paseó nerviosamente por el amplio estudio, ante la vidriera encristalada que le servía de fuente de luz durante el día—. Me gustaría ser como tú...

—A mí no me gustaría ser como tú, Seymour —replicó ella, seca—. Eres demasiado débil, demasiado torpe y...

—Torpe... —masculló él—. ¿Qué se puede hacer frente a un enemigo que surge repentinamente de la sombra, y desaparece luego, dejando un crimen como único rastro de su presencia?

—No sé... —el rostro duro, casi viril, de la rubia escultora, reveló fría determinación. Sus claros ojos brillaron como vidrios heridos por una luz polar—. Hay que estar alerta, sencillamente. Y armado...

—Armado... Eso puede no bastar —gimió Seymour—. A veces, tampoco basta con que uno ataque, dispuesto también a matar.

—¿Matar? —Fay le miró, inquisitiva—. No te entiendo...

—Yo sí —dije, apareciendo ante ellos—. Ya he oído bastante.

—Brian... ¡Brian Barnes...! —jadeó, repentinamente lívido, Seymour Lane.

—Brian... —susurró, rápida, Fay.

Y de su blusa de escultora, surgió su mano súbitamente, armada con una pistola automática, calibre 32, con la que encañonó, decididamente.

Yo sabía, además, que si alguien era capaz de disparar aquel arma a sangre fría... ese alguien era, justamente, Fay Edelman.

* * *

—¿A qué has venido aquí, Brian?

—Me llamo Steve. Steve Corman. Es mi nombre de ahora. Supongo que sabes la respuesta que voy a darte, Fay —reí.

—Sí —sus ojos de mujer lesbiana, brillaron, fríos y acerados—. Imagino bien esa respuesta; vienes a matarnos. A Seymour, a mí... Dos pájaros de un tiro, ¿no es eso, Brian... perdón, Steve Corman?

—Esa podría ser mi respuesta —suspité—. Pero no lo es. No vine a mataros.

—Mientes —me replicó ella, glacial.

—¡Claro que miente! —aulló, lívido, Seymour Lane—. Dispara, pronto, Fay. ¡Mátalo, mátalo...!

—Calla, mujerzuela —habló ella despectiva, mirándole—. Tienes tanto miedo que si ahora yo tirase este arma o se la entregara a Brian... morirías ahí mismo, sin necesidad de que él te tocara el pelo de la ropa.

—No... no hablarás en serio... —jadeó, angustiado—. No se te habrá pasado la loca idea de... de...

—Descuida —rió ella, sarcástica—. No haré tal cosa. Pero sólo por mi propio pellejo, Seimour, no por el tuyo, que no vale un cochino centavo.

—Tu piel no peligra conmigo, Fay —dije, hosco.

—Vaya... Mira quién dice eso... Un hombre que mató ya tres veces...

—No Fay. Eso no es cierto.

—¿Esperas que yo me lo crea? —rió, desdeñosa.

—No espero nada. Ni me importa. Es la verdad. No maté a Karin, ni a Duke... No sé quién lo hizo, pero yo no fui. Me limité a escribir lo que hubiera sido capaz de hacer con ellos. Y, cosa rara, hicieron justamente lo que yo imaginé sobre un papel, tecleando en una máquina de escribir. Absurdo, ¿no?

—Lo parece. Pero yo nunca me fío de las apariencias. Sigue, Brian. ¿Cómo entraste aquí, en mi estudio?

—Por la azotea vecina —sonreí—. No pude evitar escucharos. Entré porque hablaste de algo curioso, Fay.

—¿De qué, Brian?

—Mencionaste algo sobre la posibilidad de que, cuantos más muriesen de entre vosotros... tanto mejor para los demás.

—Y es lo cierto. Tú tienes que saberlo...

—Yo no sé nada, Fay.

—Deberías de saberlo, Brian. Tras lo que hicimos contigo, aquel dinero mal adquirido fue la base de nuestra actual fortuna. Hicimos una especie de Sociedad. Los seis, ¿entiendes? Controlarnos muchos negocios; inmobiliarias, hoteles, espectáculos, industrias... Todo a partes iguales. Está estipulado de que, a la muerte de cada uno, el capital invertido por éste, con sus acciones respectivas, pase a engrosar el fondo de los demás.

—Vaya... —silbé entre dientes—. De modo que, según eso, muertos Howard, Karin y Duke, si ahora murieseis vosotros dos... todo sería para Wilburn Farrell.

—Es un ejemplo, sí —sonrió Fay—. Y si ahora mueren Farrell y Seimour... todo para mí, Brian. Una sociedad de millones invertidos...

—Excelente negocio ver morir a los demás... y sobrevivir uno — meditó con aire pensativo.

El silencio se cortaba.

—Gran negocio —inesperadamente, Fay apuntó con su arma a Seimour, que se tornó del color de la ceniza—. Imagina, Brian. Tú y yo de acuerdo... Disparo y liquido a Seimour. Luego, tú liquidas a Farrell. Lo comparto todo contigo y...

—Y luego me matas a mí —reí, sarcástico—. No, preciosa. No hay trato.

—Lo imaginaba —suspiró ella, desviando su arma del horrorizado Seimour Lane, que respiró con alivio—. Lástima, Brian...

—Sí, es una lástima —convine, riendo—. No he venido a matar a nadie ni a ser cómplice de ningún crimen. Busco sólo la verdad.

—¿Qué verdad? —se interesó ella.

—La de esas muertes. Insisto, Fay; soy inocente. De lo de Karin, de lo de Duke...

—¿Y lo de Howard?

—Yo disparé contra Howard. Ahora no sé, realmente, si lo maté yo... o hubo luego alguien que lo hizo por mí. No hay seguridad en nada. Hay puntos oscuros, cosas sin resolver...

—No te entiendo, Brian. Nadie va a creerte una palabra de eso.

—Claro que no —suspiré—. Gustosamente os hubiera eliminado a todos, uno a uno. Me faltó valor, no sé... Howard fue... un impulso instintivo. Le quité un arma suya, con silenciador, un recuerdo de sus tiempos de hampón... Estaba cargada. La utilicé contra él. Creo que le maté, pero...

—Pero, ¿qué?

—No sé... Tal vez sólo le dejé herido... y alguien le remató luego... Tuvo que ser así. Eso coincidiría con lo que consideró el forense.

—¿Y eso tiene sentido?

—Puede tenerlo, si hay uno de vosotros que trata de liquidar a los demás y me utiliza a mí de instrumento o coartada... La misma persona que remató a Howard Young, y le tiró a la piscina, mató luego a Karin y a Duke, porque previamente llegó de alguna manera a mis papeles, a mis apuntes para una novela que nunca se publicará, donde me limitaba a referir lo que hubiera podido hacer a cada uno, de proponérmelo realmente... Yo estuve en el apartamento de Karin, yo estuve en el Club Náutico. Sólo que... no seguí adelante. Me limité a escribir luego, en unos folios, unos crímenes imaginarios, que fueron como una evasión,

como desahogar mi odio sin sangre...

—Eso va teniendo sentido —sonrió Fay—. Pero sólo quedamos Seymour, yo, Farrell... ¿Cuál de los tres, Brian?

—No lo sé. Quizá Farrell... —miré a Fay vivamente—. Tú eres lo bastante ambiciosa y cruel, para hacerlo, pero ¿cómo saber que yo escribía sobre esos hechos inexistentes, cómo llegar a mi escritorio y abrirlo...?

—Seymour no parece el tipo ideal para acusarle —rió ella entre dientes mirándole lo mismo que yo—. Cobarde, ruin, poco imaginativo, medroso, torpe...

—Pero capaz de arrojar contra mí un coche rojo para asesinarme —acusé duramente.

—Dios mío... —Seymour pareció angustiado, eludió mi mirada, con el rostro descompuesto—. Brian, estaba como loco... Tenía miedo, te reconocí, cuando salías del *News*, donde poco antes estuve siendo entrevistado para la página de espectáculos... Me decidí, aunque lleno de terror, y...

—Y casi me asesinas —dije con una dura risita agresiva. Mis ojos acerados le causaban evidente inquietud, porque ni una sola vez los miró salvo de soslayo, huidizamente—. Eres un cerdo. Un cerdo y un canalla, Seymour, como siempre lo fuiste...

Le di dos bofetones. Sollozó, encogiéndose asustado. Fay seguía armada, pero no hizo intención de defender a su socio y compinche.

—Bien hecho —aprobo, mirándome con cierta simpatía—. Fuimos unos buenos canallas contigo. Unos puercos, Brian. Pero eso ya no tiene remedio.

—No, no lo tiene —admití—. Vale más olvidar todo eso. A fin de cuentas la revancha no merece la pena... Eso vine a deciros. Y también otra cosa; estoy dispuesto a dar con el culpable. Sea quien sea...

—Inténtalo, Brian —me invitó Fay—. Valdrá la pena. Yo no tengo miedo. No soy culpable. Si me necesitas, estaré a tu lado. No dudes en avisarme, Brian. No soy una persona demasiado decente, pero me gustaría reparar en algo todo el mal que te hice, junto con los demás...

—Lo tendré en cuenta. Ya te dije que no venía a matar a nadie. Puedes guardar tranquila tu pistola...

—Sí, creo que puedo hacerlo —asintió ella, tras una duda. Y lo hizo. Me sonrió—. ¿Satisfecho, Brian?

—Satisfecho. Y gracias —fui hacia la salida del estudio, mientras Seymour continuaba sollozando—. Adiós Fay.

—Adiós, Brian —me dijo ella—. Y suerte...

Suerte... Sí. Sabía que iba a necesitarla. Ahora, más que nunca...

* * *

El Club Náutico de lujo, para millonarios caprichosos y amantes del deporte submarino... El suntuoso Surfside Hotel, también para gente de fortuna, para los adinerados clientes de Miami Beach...

Los *bungalows* lujosos, con amplios jardines y bellas piscinas, cercados de altivas y flexibles palmeras...

Uno a uno recorrí todos los lugares aquella noche. Los mismos lugares de mi historia, de la falsa historia de una cadena de crímenes que sólo existió en mi pobre imaginación...

El recorrido de un hombre que había buscado entre la ficción y la realidad un bálsamo para su amargo, duro pasado. El recorrido de unos escenarios donde solamente hice acto de presencia para ver a mis "víctimas" para luego, sobre unos folios, mecanografiar unos crímenes inexistentes.

Yo, el asesino...

El asesino de papel... Era casi cómico. Casi. Porque estaba el otro factor, el elemento insospechado, que me había tenido cerca de la locura, preguntándome a mí mismo, una y otra vez, si era posible que lo que uno imaginaba y vertía sobre un papel, podía convertirse en realidad...

Preguntándomelo... sin hallar otra respuesta que una alucinante oscuridad, un vacío de enigmas insospechados.

Ahora, las cosas iban tomando forma. Alguien entró en mi casa, leyó mis folios reveladores... Y repitió lo que yo creaba. Mató en mi nombre. Siguió mis métodos. Lo que yo hubiera querido llevar a cabo, otro lo realizó fría e impunemente.

Uno de ellos. Uno de aquellos seis sentenciados de mi lista mortal...

Pero, ¿quién? ¿Cómo llegó hasta mi *bungalow*, hasta mi mesa de trabajo, hasta mis papeles, guardados bajo llave?

Ahí estaba lo más extraño. La incógnita real. Despejada, creía, estaba seguro por completo, de que el misterio quedaría resuelto.

Y la muerte de Howard... Dentro de su casa, no en la piscina... Sin embargo, según el forense... no pudo dar un solo paso después de recibir los cuatro disparos a bocajarro.

¿Qué sucedía?

Apenas si me había dado cuenta, y estaba ya frente a mi casa. Ante mi *bungalow*.

Descendí del coche. Miré atrás. Nadie me había seguido. Ni siquiera la policía. Al menos, en apariencia. Dillman no era ningún tonto. El asesino, tampoco, ya fuese Farrell, Seimour Lane o Fay Edelman.

Entré en casa. Al ausentarse de ella, Dillman o Sharon habían apagado las luces y cerrado la puerta y los balcones asomados al jardín.

Utilicé la llave para entrar. Encendí la luz del gabinete. Contemplé, aborto, mi mesa de trabajo. La máquina de escribir, las gavetas cerradas. Una de ellas, con llave y cerradura de seguridad.

Y, a pesar de todo...

A pesar de todo, estaba seguro de que alguien podía abrirlo cuando quisiera, leer aquellos folios...

Me serví whisky. Fui al teléfono. Llamé a casa de Sharon. Fue en vano. No descolgó nadie.

Di unos pasos. Me detuve ante la máquina de escribir. Medité.

De súbito, una ida me asaltó.

Una idea ridícula. Ya no conducía a nada. No iba a seguir engañándome a mí mismo con un juego tan absurdo como peligroso...

A pesar de todo, me senté. Abrí la gaveta. Extraje los folios escritos. Los tres primeros capítulos de mi "novela".

Luego, resueltamente, tomé folios en blanco. Encajé las mandíbulas.

Iba a hacerlo. Iba a continuar.

Tenía que "matar" de nuevo, en la dimensión plana e irreal del papel blanco.

Iba a por la cuarta víctima.

Esta vez, sería otra mujer. Fay. Fay Edelman. Sí, sería ella.

El cuarto nombre tachado en rojo en la lista del asesino de papel...

Y casi rabiosamente, comencé a escribir.

Capítulo



—¿HAS vuelto?

—Sí, Fay. Quería verte. Pero a solas. Sin Seimour presente en nuestra entrevista...

—Me sorprendes... Creí que ya lo habíamos hablado todo. ¿Qué quieres ahora de mí?

—Matarte, Fay.

—Pero Brian... Dijiste... que eras inocente. Que sólo imaginabas esas cosas...

—Lo siento. Te engañé entonces. O tal vez no, no lo sé. Empiezo a sentirme como enloquecido, Fay. Creo que es preferible que yo mismo lo haga. Que termine con todos de una vez.

—Brian, es una locura. Yo lamento lo que hice entonces... No puedes ahora... asesinar a sangre fría. Sería monstruoso. Tengo la idea de reparar algo del mal que te hice. Palabra. No es un pretexto, no pretendo eludir tu venganza, Brian...

—No hablemos de eso, Fay. Ya es tarde para reparar nada. Terminemos de una vez por todas. Ardo en deseos de acabar con esto. Dillman se cree muy listo, pero no logrará rodear mi cuello con su soga. Una novela no es una prueba. No es nada, salvo unos capítulos de intriga, de muerte violenta... Sólo eso querida Fay.

—Brian, detente. Es tiempo aún. No llesves tu novela al terreno de la realidad. Yo... yo creo saber quién pudo... utilizar tu imaginación para actuar, como si fueras tú, siguiendo la ficción, convirtiéndola en sangrienta realidad...

—No vas a disuadirme, Fay. No lo lograrás. Estoy decidido.

—Bien. Entonces... adelante. Actúa, Brian Barnes. O Steve Corman,

cómo te llamas ahora... ¿Cómo piensas matarme? ¿Con un arma de fuego, con un cuchillo, con un objeto pesado, aplastando mi cabeza...?

—No importa el modo de hacerlo. Voy a matarte, Fay. Eso es lo único cierto de todo este disparate...

Ya estoy frente a ella. Ya descubro el miedo brillando en sus ojos de valerosa y varonil.

Ya se ha dado cuenta de que no hay remedio. De que he tomado mi decisión. Y de que voy a cumplirla...

Ella misma me ha dado la idea, la muy estúpida. Un objeto contundente, pesado...

Esa talla en bronce, obra de ella misma. Una figura de mujer estilizada y vanguardista, sobre ese soporte del mismo metal... Un golpe de ese objeto en su cabeza rubia, y estará muerta. Irremisiblemente muerta, con su cráneo hundido.

Adiós, Fay Edelman.

Adiós...

* * *

Me detuve. Dejé de teclear.

Quebré la historia, antes que el cráneo de Fay Edelman.

No necesité volverme. Sabía que no estaba solo. Adivinaba unos helados ojos asesinos, en mi nuca, en mi folio introducido en el carro de la máquina de escribir.

—Siga —invitó fríamente la voz—. Siga, Corman.

—Usted... —murmuré, volviéndome despacio, aunque sin cometer el error de girar todo el cuerpo en la silla—. Debí imaginarlo... señora Pearson.

La señora Pearson. La sobria, sencilla señora Pearson, con su traje oscuro, cerrado, con sus gafas de dorada montura, de numerosas dioptrías, con su oscuro cabello, peinado liso hacia atrás...

La señora Abigail Pearson, de Inmobiliarias Acme. La administradora de los *bungalows*. Ella. Y su arma de fuego.

Observé ésta última en su mano. No le temblaba el pulso lo más mínimo. Dispararía sin vacilar, y sólo distaba de mi cabeza cosa de unas veinte pulgadas. El cañón era largo, muy largo, prolongado por un feo, cilíndrico, silenciador.

Las detonaciones, si las había, serían como taponazos de champaña. Y yo estaría muerto. Yo, el "asesino".

Eso hubiera podido ser muy gracioso. Pero no lo era.

—¿Por qué debió imaginarlo? —me preguntó ella suave, heladamente, sin separar sus astutos ojos de mí.

—Porque usted era la única persona que tenía acceso a todo: a la casa, a los muebles... La que podía entrar y salir en una ausencia mía, o mientras yo dormía... Abrir esa gaveta, usar llaves duplicadas. O una maestra, para cualquier clase de cerradura... Usted, señora Pearson...

—Pero no lo sospeché.

—No, no lo sospeché. No la relacionaba en absoluto con este caso.

—Fue su error. Estoy relacionada con él.

—Ya lo veo. ¿En qué grado, exactamente?

—Inmobiliarias Acme... es uno de los negocios que controlan sus seis amigos, la Sociedad Ajax de industrias, negocios, espectáculos...

—Oh, ya veo. Y usted... sirve a alguien.

—Eso es —sonrió, acerada.

—El asesino. El verdadero asesino...

—Estamos hablando demasiado —suspiró ella—. Termine su relato. Es fascinante. Acabe de matar a Fay Edelman. Vamos, hágalo ya...

—No terminaré ese capítulo, señora. Usted lo hará por mí. Usted... o su cómplice, claro está.

—Bien, si lo prefiere así... —se encogió de hombros—. Terminaremos la tarea. Luego, usted aparecerá muerto, sobre su máquina de escribir. Un suicidio. El asesino no pudo soportar más la tensión, y acabó con su propia existencia, sentado ante la máquina que reproduce siempre sus obsesiones... Hermoso final para una dramática historia, ¿no le parece?

—Es evidente que le sobra tanta imaginación como a mí —susurré malhumorado—. ¿Va a disparar ya?

—No —dijo—. Me gustaría más que usted pagara sus culpas, arrestado por Dillman, acusado de múltiple asesinato... Un desenlace en la silla eléctrica. También sería hermoso.

—Arriesga mucho, señora Pearson. Puedo convencer a Dillman, y...

—Nunca le convencerá. Le faltan evidencias. Además, usted disparó sobre Howard. Eso es incuestionable. Está perdido, compéndalo...

Se acercó más a mí. Me pregunté qué iba a hacer. El cañón del arma estaba tan cerca, que sentí incluso el agrio olor del metal pavonado.

Luego, de repente, ella descargó un golpe terrorífico con el pesado cañón de su pistola.

Vi venir sobre mí aquel acero, que me martilleó brutal en la sien.
Todo se hizo oscuro para mí.
Debí caer. Pero eso, ya no lo sabía. Eso, ya no lo sentí siquiera.

* * *

Mis manos...

Estaban fuertemente ligadas. Igual que mis tobillos.

La cabeza me dolía horriblemente. Le sien donde recibiera el impacto de la pistola, parecía que fuera a estallar. Su agudo dolor taladraba mi cerebro, alcanzándome de modo punzante en lo más sensible de mi mente.

—¿Qué significa...? —mascullé.

—Significa que vamos a desarrollar pacientemente el último capítulo de la tragedia, Corman.

La miré. Ella estaba allí. Habíase vuelto hacia mí, serena, llena de calma, de seguridad en sí misma y en su triunfo.

Ya no estábamos en el *living*. Admiré su fuerza, si había sido capaz de conducirme a mi alcoba, tras el golpe. Porque en el dormitorio estábamos. Con las cortinas corridas ante la ventana.

En la señora Pearson se había operado una sorprendente transformación. Ya no llevaba gafas. Ni las necesitaba, evidentemente. Las dioptrías debían de ser imitadas, con algún truco en los cristales. Sus ojos eran agudos, fríos y llenos de maliciosa luminosidad.

Sobre la mesilla, yacía una peluca negra, de cabellos lisos. Su pelo era de un matiz rubio rojizo. Su cuerpo, se mostraba infinitamente más atractivo y juvenil.

—Empiezo a gustarle, ¿verdad, Corman? —sonrió.

—Empiezo a comprender por qué gusta usted a alguien, y qué clase de complicidad es la suya en el juego... —suspiré—. Una peligrosa mujer, atractiva y sin escrúpulos, que cubre sus atractivos físicos para no despertar sospechas en nadie... Es usted muy inteligente, señora Pearson.

—Me halaga que lo admita así —se cruzó de piernas, y la exhibición resultó ya escalofriante. Luego, rió burlonamente, entre dientes—. ¿No se pregunta usted qué va a suceder ahora?

—Sabe que me lo estoy preguntando desde que recupere el conocimiento. Y no me gusta ninguna de las respuestas que se me ocurren.

—Pues la verdadera respuesta le gustará menos aún —se mofó—. Estamos esperando, señor Corman...

—Esperando, ¿qué? —me inquieté.

—El asesinato de Fay Edelman en su estudio de trabajo...

—Dios mío —cerré los ojos—. Yo mismo la sentencié...

—Claro que lo hizo. ¿Por qué se le ocurrió continuar, sabiendo parte de la verdad, como ya sabía?

—Porque quería descubrir al culpable.

—¿De veras? —sus ojos revelaron cierta leve inquietud, pero se borró pronto y regresó a su serenidad impresionante—. Bien; no puede quejarse. Tuvo éxito. Ya lo descubrió. A uno, cuando menos...

—Sí, pero no confiaba en que fuese tan rápidamente. Me cogió desprevenido. No me sirve de gran cosa saber lo que sucede, si no puedo evitarlo... Nunca debí intentarlo. Nunca... Al menos, por Fay.

—Creí que odiaba a muerte a todos los que le dejaron fuera del negocio y le enviaron a prisión durante varios años...

—Ya no odio a nadie. Salvo a usted, si acaso Y a su desconocido compinche...

—Me divierte su odio, pero no me preocupa, Corman —soltó una carcajada irónica—. Conmigo, ni siquiera puede desahogarse, escribiendo mi muerte, mi fracaso, un viaje lento y lleno de arrepentimientos hacia la cámara de ejecuciones, como le gustaría escribir, ¿no es cierto, Corman?

—Posiblemente —me encogí de hombros. Mordí el labio inferior. Miré mi reloj de pulsera, moviendo con dificultad las muñecas, atadas entre sí, y ligadas por una cuerda tensa a las ligaduras de los tobillos; la señora Pearson sabía hacerlo todo muy bien. Incluso atar a uno como un fardo. Dije con voz helada—: ¿Cuándo... cuándo sucederá?

—Esta noche. Ahora —sus ojos brillaron, malévolos—. Será rápido todo. La estatuilla de bronce, varios golpes adecuados... y adiós a Pay Edelman, como usted remató tan patéticamente su fragmento último...

—Ha sido a su estudio de escultora, ¿es eso? —mascullé—. Su cómplice, el ejecutador... ha ido a buscar a Fay para matarla allí, tal como yo describí...

—Exacto, Corman.

Hubo ahora un tenso silencio. Tanto, que cuando sonó el timbre del teléfono, me sobresaltó violentamente. Y también a ella.

Respiró hondo. Yo dilaté los ojos. La miré, muy fijo. La vi venir rápida hacia mí, con algo entre sus dedos. No pude evitar que me lo

adhiriese a los labios. Era una ancha cinta adhesiva, que me amordazó con eficacia.

—Por si acaso, señor Corman —dijo, burlona. Y acudió al teléfono que seguía sonando. Lo descolgó. Escuchó, rígida, sin despegar los labios. Oí, distante, el susurro de una voz de hombre. Ella sonrió, mirándome irónica. Habló, en tono suave, ahogado también. Sin prisas —: Sí, querido... Conforme en todo. Es un problema que Fay no esté sola... No podemos esperar mucho. Tendrás que hacerlo así... Sí. A las dos. Las dos víctimas a la vez. Añadiremos algo al texto de Corman. Algo convincente. Después de todo, puede existir un motivo... No te demores, amor. Termina cuanto antes. Queda todavía mucho por hacer... Sí, no debes preocuparte. Todo sigue bien aquí. Él no puede hacer nada. Controlo la situación. Hasta luego, amor. Y suerte... No te ensañes demasiado. No será preciso...

Y colgó, riendo sarcástica. Se quedó mirándome. Su mueca tenía una satánica, una perversa complacencia, que incluso me dio miedo.

Vino a mí lentamente, con un cimbreo de caderas que yo desconocía en ella. Arrancó el esparadrapo de mis labios. Vi que tenía otros varios a punto, por si era preciso utilizarlos.

—Eran buenas noticias —susurró—. Una llamada, desde una cabina telefónica, frente al estudio de Fay Edelman... Él está a punto. Fay está arriba... aunque acompañada.

—Cielos... —trague saliva—. Y van a matar a dos personas...

—No hay otro remedio.

—¡Un doble asesinato! Es monstruoso...

—Es necesario. Lástima que esa segunda víctima, la persona que visita a Fay Edelman a hora tan intempestiva... sea una persona a quien usted conoce, y cuya muerte va a disgustarle con toda seguridad...

—¿Quién? —musité, con un escalofrío de horror, temiendo lo peor.

Y lo peor llegó.

Ella lo dijo, al pronunciar glacialmente su nombre:

—Sharon. Sharon Talbot...

Capítulo IV

—SHARON...

—Sí, soy yo. Sharon Talbot.

—La periodista...

—La periodista, eso es.

—¿Qué quiere de mí a estas horas?

—Busco a un hombre. Por toda la ciudad, durante toda la noche...

—Vaya... Encontrará muchos hombres dispuestos a acompañarla, estoy segura —los ojos lesbianos de Pay Edelman estudiaron aprobadores a su visitante, con cierta ironía.

—No es eso, y usted lo sabe. Busco a un amigo. A Steve... A Brian Barnes, para ser más exacta.

—Brian...—suspiró Fay. Incluyó la cabeza—. No, no lo sabía. Pero debí imaginarlo. Ese pillo siempre tuvo buen gusto para las chicas...

—Fay, usted tal vez sepa dónde puedo hallarle... Acaso le haya visto hace poco...

—Lo he visto, sí. Esta misma noche.

—¡Dios sea loado! ¿Dónde?

—Aquí mismo.

—Aquí...

—Sí. Creí que venía matarme. Luego, me contó algo. Y me convenció...

—De modo que usted... acepta que pueda ser inocente.

—Creo que lo es, señorita Talbot, pero no poseo pruebas para convencer de ello a nadie. Pase, siéntese... Charlaremos ambas como buenas amigas...

La acompañó al fondo de su estudio. Pasaron junto a figurillas de arcilla de piedra o de bronce. Obras todas del arte modernista y estilizado de Fay.

Las dos mujeres hablaron.

Sin saber que la muerte acechaba afuera, en la noche cálida y húmeda de Miami Beach. Frente a aquel mismo estudio. En la oscuridad. En forma de unos fríos ojos, crueles y despiadados, fijos en el iluminado tragaluz del estudio de escultura...

* * *

Podía imaginar esa escena. Como si la estuviese viendo con mis horrorizadas pupilas.

Podía ver a Fay, a Sharon. Solas las dos en el amplio recinto destartado, lleno de huecos a la noche, fácil de penetrar, accesible por cualquiera...

Podía ver a Fay, a Sharon. Solas las dos en el amplio recinto destartado, lleno de huecos a la noche, fácil de penetrar, accesible por cualquiera...

Fay y Sharon. Al filo mismo de la muerte...

—Está muy pálido, Corman.

La miré. Con odio. Con todo el odio de que era capaz. Con desesperación, con ira, agitándome impotente encima de mi lecho, cautivo de aquella mujer sin conciencia.

—Si matan a Sharon, juro que podré evadirme a la muerte, lo suficiente cuando menos para destrozarles a todos ustedes con mis propias manos —dije en un jadeo ronco—. ¡Será el más monstruoso y cobarde de todos sus crímenes!

—Es una vida humana, como otra cualquiera. El hecho de que usted esté enamorado de Sharon Talbot, no cambia los hechos, fríamente valorados.

—Abigail Pearson, juro que la mataré...

—Está diciendo tonterías —soltó una carcajada desafiante. Apoyó la mano en la pistola "Parabellum", provista de silenciador, que reposaba cerca de ella—. Tengo aquí el arma. Está usted reducido a la impotencia, es mi prisionero... ¿Cómo espera así poder hacerme daño alguno? No sea iluso, Corman. Todo su tonto juego de escritor se vuelve contra usted. Esa chica, Sharon, demuestra valor. Le está buscando, trata de ayudarle, de investigar por su cuenta, para demostrar que es

inocente. No hay duda sobre eso...

—¡Cállese! —rugí.

—No, no me callo. Sabe que es verdad lo que digo. Ella sólo pretende ayudarle, buscarle donde cree que puede estar, indagando cosas de la gente que mejor le conoce... En cierto modo, sabe que es responsable de que ella peligre ahora, de que esté al borde mismo de la muerte... Lo sabe, y se siente culpable, angustiado de no poderlo evitar...

—¡Dije que se callara, víbora! —aullé—. Son dos seres repulsivos, dos canallas, usted y... y ese hombre que la apoya y colabora en sus infamias, sea él Farrell o Seimour Lane... No necesitan hacer daño a Sharon. A ella no...

—Lo siento —cortó, glacial—. Está decidido así. Y así se hará...

—Perra mujerzuela... —masculé furioso.

Vino a mí. Me abofeteó brutalmente, de modo repetido. Mi impotencia, ligado e inmóvil, le hacía ensañarse, complacida. Sentí la boca llena de un sabor salobre. Goteó sangre por la comisura de mi boca, y ella siguió golpeando, con ojos fulgurantes, inclinada sobre mí, entreabierta su boca, en un jadeo maligno, feliz de hacer daño, de golpear, de torturar a alguien...

Pude hacerlo entonces. Disparé mis piernas súbitamente, tras una flexión con la que parecía encogermé ante su lluvia de golpes. Disparé tanto las piernas, como el cuerpo inerte, con un impulso, con un salto inverosímil sobre mí mismo, en esfuerzo supremo, rabioso.

Mis dos pies se hundieron violentos en su estómago. La vi boquear, retroceder, con los ojos en blanco, sin aliento, aferrándose el punto golpeado con mis punteras.

Rodé del lecho a la moqueta, siempre atado, como un fardo inerte. Mis manos alcanzaron la pata de la mesa donde reposaba la pistola, en tanto ella se rehacía, lentamente, del terrible impacto en su estómago.

Tiré del liviano mueble. Se derrumbó. La pistola "Parabellum" rodó hasta cerca de mí, de mis dedos agarrotados, torpes, por la fuerza de las ligaduras de mis muñecas y por lo que tiraba la cuerda que las unía a los tobillos también atados.

La mujer se había rehecho, si no del todo, al menos en parte. Exhaló un gemido ronco, de inquietud, y se precipitó, tambaleante, sobre mí.

Aullé ahogadamente, al sentir sus tacones hincándose feroces en mis dedos, en mis manos y muñecas, en tanto intentaba dar un puntapié al arma, para desviarla de la vecindad de mis dedos.

Dominó el dolor como pude, y sujeté su pie. Tiré de él, dando otra voltereta sobre mí mismo, único movimiento que me estaba permitido.

Ella trompicó. Perdió el equilibrio, acaso precisamente por no estar recuperada aún...

Se vino abajo, su cuerpo golpeó el mío, rodamos juntos, luchando ferozmente por la posesión del arma. Vi sus dedos, cerca de la culata, venciendo a mis manos, puesto que ella estaba libre, mientras me golpeaba con sus rodillas y pies, mientras mordía furiosamente mis cabellos, mi rostro, para apartarme de la pistola a causa del dolor.

Eso me dio la idea. Di un cabezazo, y alcancé su mano. La mordí furiosamente, hincando mis dientes en sus dedos con la fiereza de un animal sanguinario.

Su chillido hirió mis tímpanos, tan agudo fue. La sangre brotó del feroz mordisco, y ella se enfureció, intentando arañarme con la otra mano. Y consiguiéndolo, con profundos y sangrantes zarpazos...

Logré auparme sobre su cuerpo, apreté su torso con mi peso, hundí sus senos, firmes y erguidos, reteniéndola, logrando por fin mis dedos cerrarse en torno al confortante, esperanzador y frío del acero de la culata negra...

Ella se dio cuenta enseguida. Forcejeó, llevó su mano ilesa a la mía, la aferró, tratando de volverla, de dirigir el cañón del arma contra mi abdomen.

Yo metí un dedo, casi llorando de dolor y de rabia, en el guardamonte de aquel arma. Pedí que estuviera suelto el seguro, que no hubiera dificultades.

Pedí, por primera vez, tener facultad de disparar, de oprimir el gatillo, de matar...

Y disparé. Y apreté el gatillo...

Y maté.

A aquella distancia, era imposible hacer otra cosa. El estampido sordo, como un taponazo, brotó del cañón silenciado. La bala, de calibre 40, también. A quemarropa, contra el pecho de ella.

Sentí cómo el proyectil penetraba blandamente su seno izquierdo. Ella también lo notó. Dilató sus ojos. Retiré la mano armada, perdí la "Parabellum", pero ya no importaba.

Un redondel chamuscado, un agujero que empezaba a desprender negros goterones de oscura sangre, resbalando sobre la prominencia nítida de un pecho de mujer...

La contemplé. La vi morir, con la boca dilatada, los ojos vidriados, el

estupor en su rostro hermoso, de mujer que pudo haber vivido para algo mejor que destruir, asesinar, ambicionar oscuros beneficios en el mundo del crimen...

—Lo siento —susurré—. No podía... hacer otra cosa...

Y caí, desfallecido, sobre la alfombra.

La señora Pearson no contestó. Estaba muerta.

* * *

Perdía un tiempo preciso sin duda alguna. Pero tenía que desatarme ahora, intentar alcanzar el teléfono, llamar a la policía, a alguien que pudiera acudir al estudio de Fay, a evitar lo que podía ser inevitable...

Al caer la mesilla, se había quebrado un pie de vidrio de colores. Con su filo, pude cortar en parte las ligaduras. Me incorporé, sudoroso, salpicado de sangre tras mi feroz pelea con la señora Pearson.

Tomé el teléfono, mientras con la otra mano aferra— baba de nuevo la "Parabellum" salvadora. Llamé a la policía. No tenía el número del estudio de Fay. Informé de lo que sucedía... o había sucedido ya. Apremié, repitiendo la urgencia del caso. Luego, colgué, sin dar explicaciones.

Solté las ligaduras de mis pies, corrí al exterior dejando tras de mí el cadáver de Abigail Pearson, sobre la moqueta del dormitorio.

Alcancé el jardín, avanzando entre trompicones. Unos faros me deslumbraron súbitamente. Me volví, armado, dispuesto a todo, bañado por la luz de aquel automóvil que surgía ante la casa, ominosamente.

—¡No dispare, Corman! —chilló una voz conocida—. ¡No haga locuras! ¡Sabemos lo que sucede! ¡Venga, iremos a salvar a Sharon Talbot, y a Fay Edelma...!

Me volví. Respiré hondo, avanzando entre tambaleos, bajo la luz de los faros.

—Dillman, Dios sea loado... —musité—. El teniente Dillman...

—El mismo —salió del coche patrulla que me envolvía en luz cegadora—. Suba conmigo. Iremos al estudio de su vieja amiga Fay Edelman. Ya hay otros patrulleros camino de allí, para intentar salvarlas...

—Pero usted... usted, ¿cómo pudo saber...? —gemí, obedeciéndole, entrando en pos de él, partiendo ambos vertiginosamente, a través de la noche, haciendo ulular la sirena policial.

—Su teléfono, Corman. Estuvo siempre interferido. Una medida de

pura rutina. Captamos la llamada de ese hombre a la señora Pearson. Eso bastó. Me ha informado el puesto de escucha, y hemos iniciado la cacería... ¿Y la señora Pearson, qué ha sido de ella? Le ha dejado a usted la cara hecha un mapa, Corman.

—Lo sé... —agité el arma en mi mano—. Era de ella, teniente. Disparé una sola vez. Yo estaba ligado, pero pude hacerlo, en lucha con ella. La... la maté.

—Vaya por Dios —suspiró—. Espero que su compinche caiga vivo en nuestras manos, para que pague por todos... ¿Sabe ya quién es él?

—No —negué—. Imagino que Wilburn Farrell... o Seimour Lane...

—Ninguno de los dos —negó Dillman, tajante—. Están controlados por mis hombres. Ambos están muy lejos del estudio de Fay Edelman, en este momento...

—¡Cielos! —le miré, fascinado—. Entonces... ¿quién?

—Eso es: ¿quién? —se encogió de hombros, fija su mirada en el exterior, a medida que volábamos literalmente sobre el negro asfalto de la noche—. Tengo una cierta idea al respecto.

—¿Usted?

—Sí, Corman. Veremos si se confirma... —me miró, sacudiendo la cabeza—. Oh, Dios, cómo enredó usted las cosas, al ocurrírsele escribir esos crímenes...

—No me hable de ello —murmuré—. Incluso puedo ser responsable del fin de Sharon...

—Dios no lo quiera —consultó su reloj—. Creo que llegaremos a tiempo...

Un instante después, enfilábamos la avenida donde Fay vivía. Y oímos disparos de revólver.

—Creo que sí —suspiró el teniente—. Creo que, después de todo, llegamos a tiempo...

Saltamos fuera del coche. No se opuso a que llevara conmigo mi pistola. El y sus hombres también iban armados. Nos dispersamos. Un agente uniformado nos informó, entre ráfagas de reflectores, estruendo de disparos de arma de fuego, gritos y carreras:

—Es el tipo... Está acorralado. No llegó a entrar en el estudio...

Sentí el mayor alivio de toda mi vida. Más aún que cuando disparé sobre la señora

Pearson.

—Gracias, Dios mío... —musité, deteniéndome, apoyándome en un muro, sin dejar de oprimir con fuerza aquella pistola que pudo haber

sido el instrumento de mi propia muerte.

En ese instante, un reflector enfiló a una esquina. Y le vi.

—¡Allí! —gritó un agente—. ¡Es aquél!

—¡Procuren no tirar a matar! —rugió Dillman—. ¡Lo quiero vivo, a ser posible!

Le vi. Clara, nítidamente. Le reconocí, porque la luz de los faros le envolvía en claridad.

—Dios mío... —susurré, incrédulo—. No es posible...

Pero sí era posible. Por extraño que resultara, era él. Alcé mi pistola. La distancia era relativamente corta, y el arma de pesado calibre. Disparé.

Los policías, sorprendidos, se detuvieron en seco.

Me miraron a mí. Luego, a él. Le vieron oscilar, perder la pistola que esgrimía. Su brazo pendió, repentinamente ensangrentado. Intentó evadirse, aún desarmado.

Volví a disparar antes de que nadie se me anticipara. Aquella pieza era mía. En la cacería, yo quería cobrarla. Tenía más motivos que nadie para ello.

Porque ahora, por primera vez, veía claro. Y sabía que yo, Brian Barnes, no era un asesino. Nunca fui un asesino.

El cayó de rodillas, jurando, envuelto en blanca luz lechosa de los faros policiales. Le rodearon prestamente. Estaba cogido.

Vi su mirada. Fija en mí. Con odio, con incredulidad. Yo era la última persona a quien había esperado ver allí. La última persona que hubiera esperado ver haciendo fuego sobre él, cazándole con vida, con un brazo y una pierna agujereados...

Le esposaron, le condujeron a un coche-patrulla. Yo me volví. Dillman me miraba, sonriente.

—Después de todo... se ha vengado —dijo el teniente.

—Sí. De un modo que me complace más teniente —admití. Di unos lentos pasos—. Ahora... debo ir a cierto lugar...

—Claro, Corman. Suba al estudio. Allí sigue la chica. Ella y Fay Edelman están a salvo. Llegamos muy a tiempo...

Asentí, andando con lentitud. Vi cómo se alejaba el coche patrulla, con el asesino dentro.

—Ahora, el largo camino hasta la cámara de ejecución... —musité.

—Lo tiene merecido. Se hará justicia, estoy seguro —afirmó Dillman.

—Ya iba siendo hora. El mató hace años a aquel hombre de cuya muerte fui acusado... King Quarry, el traficante en drogas... El, ahora, ha matado a Karin, a Brady... y hubiera matado a Fay, a Sharon, a Farrell y a Lane... A todos. Para quedarse con la totalidad de la gran Sociedad financiera que controlaban... Unido a su amante, Abigail Pearson... Un plan diabólico el de ese canalla...

—Ya le dije que imaginaba quién era el culpable —dijo Dillman.

—¿Usted lo sabía? ¿Sabía que HOWARD YOUNG NO HABIA MUERTO... y era el verdadero asesino? —me sorprendí.

—Sí. Lo sabía —sonrió el hombre de Tallahassee—. Es mi oficio, Corman. Saber cosas. O sospecharlas, cuanto menos...

EPILOGO

FELICIDAD EN TERCERA PERSONA

—HOWARD YOUNG... ¿Cómo pudo hacerlo, Steve?

—Con diabólica astucia. Cuando yo le disparé tuvo la idea, En realidad, no había balas en el arma que yo vacié sobre él, sino cartuchos de fogueo. Me vigilaba desde que llegué a Miami, sabía que intentaría algo contra él, tarde o temprano. Y ya la señora Pearson me vigilaba, advirtiéndome a su amante de mis movimientos, sin duda alguna.

—Así debió saber que tú llegabas a su *bungalow*, y...

—Y preparó la rampa en la que, estúpidamente, caí yo. Dejó el arma donde pudiera esgrimirla, con cartuchos de fogueo. Su labor como actor hizo el resto, y me quedé convencido de que todo había salido como calculé.

—Pero Howard estaba vivo...

—Claro. Totalmente ileso. Se ocultó. Buscó y halló un cadáver, debió teñirle el cabello, le puso sus prendas... y lo tuvo tiempo sumergido en el depósito de agua de la piscina. Dillman ha hallado allí restos del cuerpo en descomposición. Cuando estuvo lo bastante irreconocible, y con las huellas dactilares borradas por completo, lo tiró a la piscina y se ocupó la señora Pearson de su hallazgo. Se dejaron indicios que facilitaran su identificación, para señalarme como culpable. Y Howard Young, en la sombra, presuntamente muerto, fue desarrollando su plan de asesinar uno a uno a sus compinches, actuales socios en los negocios de la entidad, para quedarse con todo, conforme al convenio suscrito entre todos ellos.

—¿Sabían ellos que tú... ibas a escribir lo que creías que era tu primer crimen, Steve?

—No, Sharon. Ellos no podían saber eso. La señora Pearson, en sus incursiones clandestinas a mi casa, encontró el texto, y tuvo una brillante idea, a la que sin duda se unió Howard. Cuanto yo imaginase y escribiese, como una evasión a mis viejas obsesiones de venganza, sería puesto en práctica por ellos. Detalle a detalle. Solamente en su propia "muerte" había detalles diferentes, pero imprescindibles. De otro modo, no existiría cadáver capaz de hacerlo pasar por su cuerpo, debidamente descompuesto en el agua...

—Era un plan infernal, satánico...

—Claro que lo era. Yo me convertía en su juguete, sin saberlo. Y en el sospechoso ideal para la policía, para los demás...

—Y Howard, oculto, manejando los hilos de la trama.

—Eso es. Matando, desapareciendo, oculto bajo una falsa identidad, algún disfraz, algún sitio alejado del centro de Miami Beach, donde nadie pudiera verle o reconocerle... Siempre con su amante como enlace e informante de todo lo que convenía hacer...

—Steve... Vaya un asesino que estabas hecho —rió Sharon, rodeándole con un brazo amoroso.

—Sí, un asesino de papel —sonrió él, pensativo—. Pero que pudo haber ido a parar a una cámara de ejecuciones que no sería en absoluto de papel.

—Yo confiaba, yo creía en ti, pese a todo.

—Lo sé, Sharon. Has sido una maravillosa compañera. Pero eso estuvo a punto de costarte la vida...

—Tenía que ayudarte. Era la única que podía hacerlo, y lo intenté. Cuando supe el nombre de los restantes personajes de tu vieja historia, acudí a buscarlos, para tratar de convencerles de que algo sucedía, de que había un asesino oculto, insospechado, aprovechándose de ti, de tu situación, incluso de tus escritos...

—Nunca te hubieran creído, pero fue un hermoso esfuerzo, Sharon. No olvidaré jamás cuanto has hecho por mí...

—Tonto... —rió ella suavemente. Acarició sus cabellos—. No digas esas cosas, cariño. Sabes que me bastará con estar a tu lado para siempre, aquí o en cualquier otro lugar del mundo, y ese será el mejor de los premios. Incluso demasiado, para una mujer que ha llegado a conocer el horror de creerte un asesino... y aún así, estar profundamente enamorada de ti, Steve...

—Recuerda —sonrió él, mirándola a los ojos—. No es mi nombre. No me llamo Steve, sino Brian...

—Creo que nunca me acostumbraré —suspiró Sharon—. Para mí, siempre serás Steve Corman, el escritor.

—Si así te gusta...

—Así me gusta... Steve.

Se besaron. Era un hermoso final para una aventura peligrosa e inquietante, en la frontera sutil que separaba la realidad de la fantasía. Una frontera que, a veces, ni siquiera había existido para Brian Barnes o para Steve Corman.

Una frontera donde fluctuó durante unos días angustiosos, preguntándose si, realmente, se podía matar sólo con desearlo, sólo con escribirlo en tinajas de papel.

Y cuando se preguntó, igualmente, si no estaría loco, si su mente no tendría dos vertientes que se desconocían entre sí. Como un nuevo Jekyll, cuyo "Mister Hyde", fuese un asesino despiadado, al margen del inofensivo escritor que desahogaba su odio y su rencor imaginando en el papel crímenes que nunca cometió.

Ahora, la respuesta estaba clara por primera vez.

Y tanto Steve —o Brian—, como Sharon Talbot, futura señora Corman —o Barnes—, estaban dispuestos a olvidar.

Dispuestos a vivir solamente cara a su futuro. Dejando atrás el pasado. Y todas sus sombras siniestras...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España